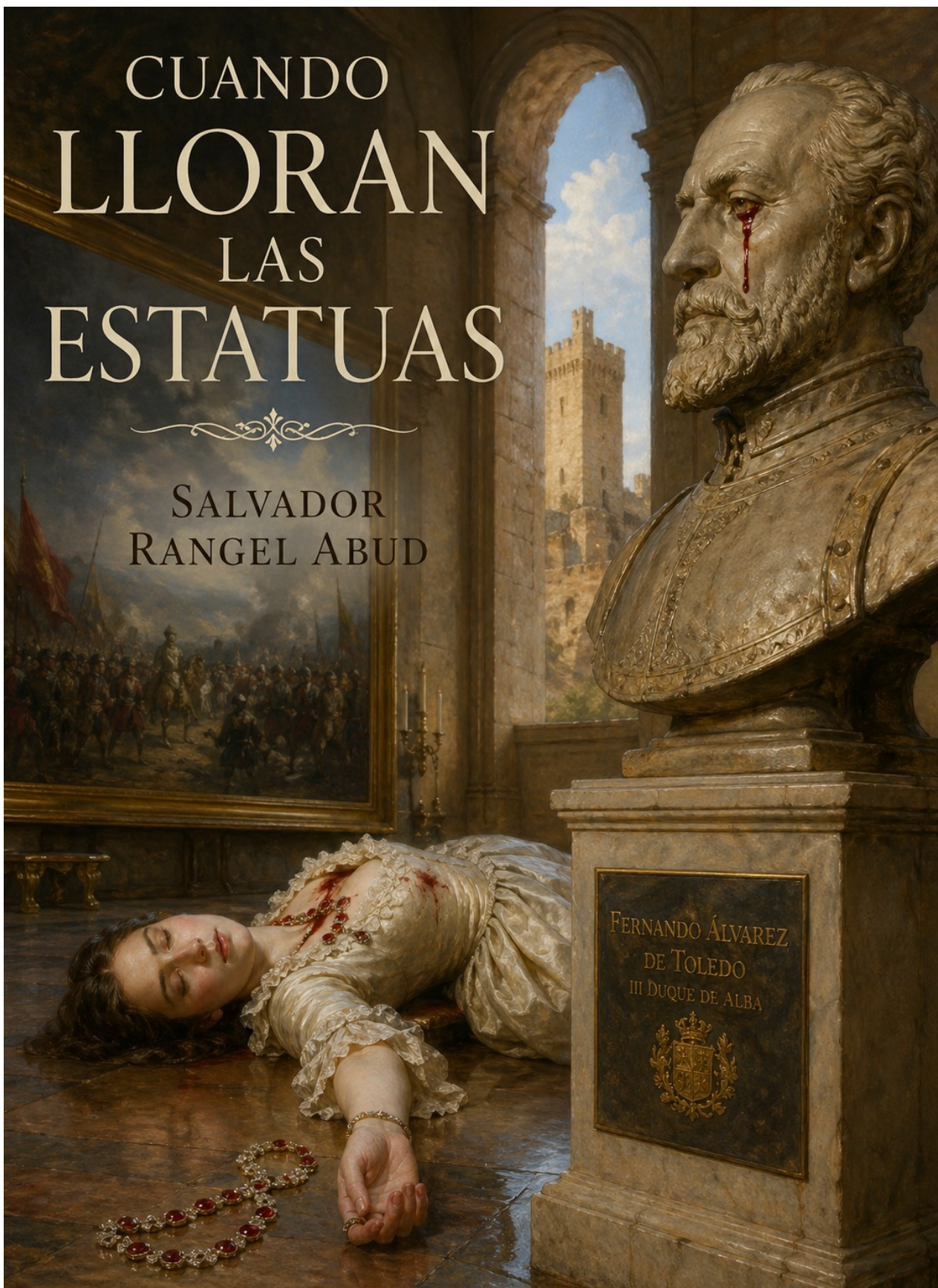


CUANDO LLORAN LAS ESTATUAS

SALVADOR
RANGEL ABUD



CUANDO LLORAN LAS ESTATUAS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En la penumbra densa de la Torre del Homenaje del Castillo de Alba de Tormes, durante una exclusiva velada privada de arte, aparece asesinada doña Cayetana Guzmán de la Cruz, mujer de abolengo y heredera de uno de los linajes más antiguos de Castilla. Tres heridas precisas en el pecho, ninguna señal de lucha, y un collar de rubíes y diamantes valorado en cuatrocientos mil euros que ha desaparecido. La hipótesis oficial apunta a un robo. La investigación, a Rodrigo Guzmán, el sobrino difícil con rencores documentados y coartada débil.

Cuando lloran las estatuas es una novela policiaca de atmósfera histórica y rigor deductivo construida sobre una premisa tan pequeña como definitiva: una gota de sangre en el ojo derecho del busto de Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, que no pertenece a la víctima. La inspectora Arcelia Domínguez Albarieta, joven y marginada en la jerarquía de la investigación, la encuentra cuando nadie más la buscaba, y a partir de ese hallazgo mínimo e involuntario comienza a dismantelar la verdad que alguien había construido con mucho cuidado para que pareciera otra cosa.

Porque quien mató a doña Cayetana no lo hizo por codicia. Lo hizo por veinte años de promesas. Y lo hizo desde el lugar donde nadie mira: desde la lealtad.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene un crimen premeditado con móvil familiar, traición surgida de la lealtad prolongada, y la descripción de procedimientos forenses y policiales en el contexto de una investigación de homicidio. No contiene violencia explícita, lenguaje soez ni contenido para adultos. Apta para lectores mayores de quince años.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Cuando lloran las estatuas

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela policiaca / Thriller histórico / Misterio de salón

Extensión: ~28,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Alba de Tormes y Salamanca, Castilla y León, España

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que me hice mientras pensaba en los grandes crímenes de la literatura policiaca: ¿qué ocurre cuando el culpable no es quien más razones visibles tiene para serlo, sino quien más ha tenido que callar? La lealtad prolongada genera una deuda que los demás raramente reconocen, y cuando esa deuda se cobra de manera violenta, el crimen resultante tiene una lógica interna que lo distingue radicalmente de la codicia o el impulso. Arcelia Domínguez es el tipo de detective que la tradición del género necesita hoy: alguien que lee los espacios como documentos y que encuentra la verdad no en las palabras de los testigos sino en lo que los espacios guardan cuando nadie los está mirando.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

novela policiaca española · misterio histórico · Castilla y León · inspector femenino · crimen de salón · Agatha Christie · thriller de atmósfera · linaje nobiliario · investigación forense · novela en español · Alba de Tormes · lealtad y traición

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un crimen sino sobre la lealtad y el precio que tiene cuando no es reconocida. A lo largo de sus quince capítulos, Cuando lloran las estatuas explora la manera en que las promesas no escritas generan expectativas tan reales como cualquier contrato, el conflicto entre la autoridad afectuosa y la dependencia que produce en quien la padece, la tradición familiar como sistema de poder que se reproduce a sí mismo con independencia de las intenciones de quienes lo ejercen, y la figura del

detective como lectora de espacios: alguien que encuentra en lo que los lugares guardan involuntariamente la verdad que las personas construyen deliberadamente para ocultar.

CITAS DESTACADAS

"No había caído: estaba colocada, con la precisión involuntaria de quien se desplomó despacio contra algo sólido y no tuvo tiempo de más."

"La sala estaba demasiado en orden para un robo que se descontroló. No hay urgencia aquí, teniente. Hay método."

"Tú siempre sabes lo que es mejor para todos, Cayetana, y eso es lo que hace que sea imposible quererte bien."

"Los espacios no mienten. Las personas construyen versiones, seleccionan detalles, omiten lo que no les conviene. Los espacios simplemente son."

"No lo vendió, no lo destruyó, no lo sacó de la propiedad. Lo enterró aquí como si todavía fuera suyo."

"A veces esa paciencia se mide en minutos. A veces se mide en siglos. Y a veces, cuando todo coincide de la manera correcta, es suficiente con una gota."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Cuando lloran las estatuas un territorio narrativo cercano, con el anclaje histórico castellano y el rigor deductivo que le son propios.

Agatha Christie (El asesinato de Roger Ackroyd, Diez negritos): la estructura de sospechosos múltiples con móviles igualmente plausibles, la pista falsa sembrada con maestría, y la reunión final donde el detective revela la verdad ante todos los presentes.

Arturo Pérez-Reverte (El club Dumas, La tabla de Flandes): la investigación en espacios históricos cargados de significado, la atmósfera densa de los lugares donde el pasado pesa más que el presente, y el protagonista que lee los objetos y los espacios como si fueran textos.

P.D. James (Una muerte impropia, La torre negra): la inspectora femenina que trabaja desde los márgenes de una jerarquía que la subestima, el crimen como revelación de las tensiones ocultas de un grupo social aparentemente cohesionado.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Por qué la hipótesis del robo resultó tan convincente durante tanto tiempo, y qué dice eso sobre la manera en que tendemos a interpretar los crímenes en función de lo que esperamos encontrar?

Arcelia lee los espacios en lugar de las personas. ¿En qué medida ese método la hace más eficaz que sus colegas, y en qué medida la limita?

¿Era Blanca Guzmán una víctima antes de convertirse en culpable? ¿Cambia eso nuestra valoración moral de lo que hizo?

¿Qué papel juega el padre Celestino en la novela, y por qué decide finalmente decir lo que sabe?

Rodrigo Guzmán fue tratado como culpable durante diez días y luego exonerado. ¿Qué le debe la investigación a alguien a quien el proceso ha dañado sin haber cometido ningún crimen?

¿Qué significa que Blanca enterrara el collar en el jardín de la casa en lugar de deshacerse de él? ¿Qué revela ese gesto sobre su relación con lo que hizo?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Cuando lloran las estatuas. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Cuando lloran las estatuas. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Cuando lloran las estatuas. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca la novela coral, la novela histórica, la ficción contrafactual, la genealogía novelada, el costumbrismo mexicano, la sátira política, el thriller de ideas, la crónica histórica, el drama psicológico y —como demuestra esta entrega— la novela policiaca de atmósfera histórica en la tradición clásica del género.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Los castillos guardan secretos. Los linajes también. Y las personas que han dedicado su vida a servir a ambos, a sostener la apariencia de continuidad y de orden cuando todo lo demás cambia, acumulan una deuda que rara vez es reconocida hasta que ya no puede serlo. Cuando lloran las estatuas es una novela sobre ese momento: el momento en que el silencio que alguien ha guardado durante veinte años decide, de repente y sin aviso, dejar de guardarse.

Y sobre la gota de sangre que lo demuestra.

ÍNDICE

Prólogo:	La mirada de piedra
Capítulo 1:	El cuerpo al pie del Duque
Capítulo 2:	Los que estaban esa noche
Capítulo 3:	La hipótesis del collar
Capítulo 4:	El peso del linaje
Capítulo 5:	El sospechoso perfecto
Capítulo 6:	La gota
Capítulo 7:	Sangre que no es de la víctima
Capítulo 8:	Los secretos de don Evaristo
Capítulo 9:	Lo que el padre Celestino no dice
Capítulo 10:	La leal
Capítulo 11:	La copa
Capítulo 12:	La certeza
Capítulo 13:	La deuda con Rodrigo

Capítulo 14:	La reunión
Capítulo 15:	La caída del silencio
Epílogo:	Cuando lloran las estatuas

CUANDO LLORAN LAS ESTATUAS

Por: Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La mirada de piedra

Castillo de Alba de Tormes, Castilla y León. Noche de sábado

La Torre del Homenaje del Castillo de Alba de Tormes llevaba cinco siglos en pie, y en ese tiempo había visto pasar guerras, expolios, abandono y restauración. Había sobrevivido a los franceses, a la desidia y a tres terremotos menores que no figuran en ningún libro de historia porque los terremotos que no derrumban nada no merecen registro.

Sus muros de piedra caliza, erosionados con esa dignidad particular de las cosas que han durado más de lo que cualquiera habría apostado, guardaban un frío que no era del todo físico. Era histórico. El frío de lo que nunca fue dicho en voz alta.

Esa noche de sábado de noviembre, sin embargo, la torre estaba iluminada.

Doña Cayetana Guzmán de la Cruz había organizado veladas privadas en ese espacio desde hacía doce años, siempre con el mismo criterio: pocos invitados, piezas de arte seleccionadas con rigor, conversación que valiera la pena. No era una anfitriona que tolerara el relleno social. Los que estaban esa noche habían sido elegidos, cada uno de ellos, por una razón que Doña Cayetana conocía y que no siempre era la misma que ellos suponían.

La sala principal de la torre medía dieciocho metros de largo por nueve de ancho, con una altura que hacía que las voces tardaran un instante en llegar al techo y otro instante en regresar, levemente transformadas, como si el

espacio insistiera en añadir su propio comentario a todo lo que se decía dentro de él. En el centro, sobre un pedestal de madera oscura que había sido colocado esa tarde por el equipo de don Evaristo, se alzaba el busto de Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, esculpido en mármol de Carrara con la intención explícita de que nadie pudiera ignorarlo.

La expresión del Gran Duque era la que tiene quien ha tomado demasiadas decisiones irreversibles: severa sin ser cruel, distante sin ser indiferente. Los ojos, tallados con una profundidad que la luz de los focos volvía casi inquietante, parecían seguir a quien los mirara con esa ilusión óptica que los buenos escultores dominan y que los visitantes de museos atribuyen a lo sobrenatural.

Las nueve personas presentes esa noche se distribuían por la sala con la naturalidad aparente de quienes conocen las reglas del espacio social y las respetan sin necesidad de que nadie se las recuerde. Las conversaciones eran breves, bien moduladas, del tipo que no compromete a nada pero que transmite la sensación de haber dicho algo. Los gestos eran contenidos. Las miradas, cuando se cruzaban, duraban exactamente lo que debían durar.

Nadie alzó la voz en toda la noche.

Fue en uno de los rincones menos iluminados de la sala, cerca de la ventana norte que daba al foso seco del castillo, donde la armonía se quebró. No de manera dramática. No con palabras que pudieran oírse desde el otro extremo del espacio. Fue una quiebra silenciosa, del tipo que solo puede producirse entre personas que llevan años acumulando lo que nunca han dicho directamente.

Dos figuras permanecieron en ese rincón más tiempo del que la cortesía social habría recomendado. Sus voces eran apenas un murmullo. Sus cuerpos, demasiado próximos para tratarse de una conversación ordinaria, demasiado tensos para tratarse de una conversación amistosa.

Hubo un momento en que una de las dos figuras extendió la mano, no en gesto de saludo sino de algo más urgente, y la otra se apartó con un movimiento que era a la vez un rechazo y una advertencia.

Lo que ocurrió después duró menos de dos minutos.

No hubo gritos. No hubo escándalo. El resto de los presentes siguió con sus conversaciones, sus copas, su contemplación distraída de las piezas de arte distribuidas por la sala. Si alguien notó algo, no lo dijo. Si alguien oyó algo, prefirió no haberlo oído.

Cuando el grupo comenzó a dispersarse, pasada la medianoche, todo parecía estar en su lugar. El busto del Gran Duque presidía la sala con la misma severidad de siempre. Las piezas de arte permanecían en sus pedestales. Las copas vacías habían sido retiradas por el personal de servicio. La luz de los focos seguía siendo la misma luz calculada de antes.

Solo había una diferencia. Una diferencia tan pequeña que ninguno de los presentes habría podido verla aunque hubiera sabido dónde mirar.

En la cavidad del ojo derecho del busto de Fernando Álvarez de Toledo, en esa concavidad de mármol que el escultor había trabajado con punta fina para dar al Gran Duque la apariencia de una mirada real, una diminuta gota oscura se había posado sobre la piedra con la discreción de lo que no sabe que está siendo decisivo.

No descendió. No se extendió. Permaneció exactamente donde había caído, seca ya para cuando el último invitado abandonó la sala, pequeña como un punto al final de una frase, quieta como solo pueden estar quietas las cosas que ya han cumplido su propósito sin saberlo.

La torre quedó en silencio.

El Gran Duque siguió mirando.

Y la gota esperó, con la paciencia infinita de la evidencia que aún no ha sido encontrada, el momento en que alguien se detuviera el tiempo suficiente frente a ella para entender lo que significaba.

CAPÍTULO 1

El cuerpo al pie del Duque

Torre del Homenaje. Domingo por la mañana

Andrés Quilez llevaba once años abriendo el castillo los domingos y había convertido ese recorrido matutino en algo tan mecánico como respirar. Esa mañana de noviembre lo único que rompió la rutina fue la ausencia de Primitivo Lara, el guardia nocturno: su gancho en el tablero de llaves estaba vacío y el hombre no aparecía por ningún lado. Andrés esperó dos minutos, tomó sus propias llaves, completó el recorrido exterior sin novedad, y llegó a la puerta de la sala principal de la torre.

Introdujo la llave. Giró el pomo. Abrió.

Mientras los goznes chirriaron, él no escuchaba solo el metal. En su mente, ese sonido se mezclaba con ecos del pasado: el bullicio de una cena de gala, el trote de caballos en el patio o el crujido de las sedas en la escalera. Para él, el edificio no estaba en realidad vacío, porque aunque estuviera "demasiado silencioso", ese silencio le pesaba más que la propia puerta.

Al abrir la pesada puerta sintió una contradicción interna. Pensó: *"Los visitantes vienen a ver las piedras, pero no entienden el alma de la casa"*. Le dolía que tocaran un tapiz que él sabía que son frágiles, o que caminaran con indiferencia sobre un suelo que antes exigía reverencia.

Él era un servidor de la vieja escuela que vivía para la perfección. Aunque el castillo sea ahora un simulacro de museo, su orgullo profesional permanecía intacto. Se fijaba en la mota de polvo que el servicio de limpieza (menos meticuloso por ser externo) olvidó en un rincón. Sentía una punzada de molestia al ver un cordón de seguridad que impide el paso a una estancia que él antes recorría a oscuras.

Esa distinción era clave para Andrés, porque si fuera un museo oficial, habría orden y etiquetas. Al ser un castillo aún privado, le parecía a veces que el lugar estaba en un limbo. Se sentía a sí mismo como un viejo aristócrata obligado a trabajar de extra en una película. Hay una dignidad herida en la estructura, y él se sentía el guardián de esa dignidad.

Andrés miraba su reloj de bolsillo porque para él, el tiempo no es lineal, es circular. Al abrir la puerta, no está empezando una jornada laboral de la actualidad; está cumpliendo un ritual que se ha repetido por siglos, sintiéndose el último eslabón de una cadena que está a punto de romperse.

Los focos de la exposición seguían encendidos desde la noche anterior, proyectando sobre la sala esa luz cálida y calculada que don Evaristo diseñaba con tanto esmero para sus veladas privadas. Las piezas de arte en sus pedestales. Las sillas apiladas junto a la pared norte. Las losas de piedra sin un objeto fuera de lugar. Y al fondo, presidiendo la sala desde su pedestal de madera oscura, el busto de Fernando Álvarez de Toledo con su expresión de severidad inalterable que según Andrés podría incluso estar diciéndole:

—Muy bien que haces tu trabajo Andrés. Servidores como tú son un ejemplo para la nobleza del reino. —Y él le habría contestado

—Gracias señor Duque. Solo hago mi trabajo.

Y en esas vueltas de cabeza estaba cuando lo vió.

Al pie del pedestal había algo que no debería estar ahí.

El cerebro de Andrés Quilez buscó la explicación más inocente durante un momento que le pareció mucho más largo de lo que fue. Un abrigo olvidado. Un maniquí. Cualquier cosa menos lo que era. Luego vio las tres manchas oscuras en el pecho de la figura y dejó de buscar.

Doña Cayetana Guzmán de la Cruz yacía con la espalda ligeramente apoyada contra el pedestal y las manos sobre el regazo, con una compostura que resultaba más perturbadora que cualquier desorden habría podido ser. No había caído: estaba colocada, o eso parecía, con la precisión involuntaria de quien se desplomó despacio contra algo sólido y no tuvo tiempo de más. El vestido negro de seda que había llevado la noche anterior permanecía impecable en su caída, sin desgarros, sin arrugas de lucha, como si la muerte hubiera tenido la cortesía de no estropearle la ropa.

Las tres heridas en el pecho eran pequeñas y precisas, muy juntas, como si quien las había producido hubiera insistido en el mismo punto con una determinación que iba más allá de la necesidad. El sangrado estaba seco y oscuro a esa hora de la mañana, convertido ya en algo que pertenecía a la ropa y no al cuerpo.

El rostro de doña Cayetana, enmarcado por el cabello blanco perfectamente peinado como si acabara de salir de la peluquería, tenía una expresión que no era de dolor. Era de sorpresa. La sorpresa específica de quien en el último momento no terminó de creer lo que le estaba ocurriendo.

Los ojos estaban entreabiertos. La boca, levemente separada. Había en ese rostro algo que golpeaba con más fuerza que la propia violencia de las heridas: la evidencia de que esta mujer, en el último segundo de su vida, no había considerado posible que aquello pudiera ocurrirle.

—Pero... ¿qué es esto...? —alcanzó a decir el buen hombre con la sorpresa pintada en el rostro.

En el cuello, donde la noche anterior lucía el collar de rubíes y diamantes que todos los presentes en la velada habían admirado en algún momento, no había nada. Solo la piel pálida y el escote del vestido negro, y el espacio vacío donde debería haber habido varias decenas de miles de euros en piedras preciosas engarzadas en platino.

Andrés Quilez salió de la sala. Cerró la puerta con una suavidad que él mismo no supo explicarse después, como si hubiera algo dentro que pudiera romperse con demasiado ruido. Se apoyó contra el muro de piedra del pasillo, respiró dos veces, y marcó el número de emergencias con una mano que no terminaba de obedecer.

La Guardia Civil llegó en diecinueve minutos exactos. Porque llamadas de un lugar como ese no ocurrían todos los días.

Cuando el teniente Gaspar Monreal entró a la sala con su equipo, eran las diez y cuarto de la mañana. Andrés Quilez esperaba en el banco de piedra del patio interior, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y la mirada fija en el suelo de adoquines.

La inspectora Arcelia Domínguez Albarieta se detuvo junto a él antes de entrar a la sala.

—¿Usted encontró el cadáver? —dijo.

—Sí.

—¿Tocó algo?

—No señora. Solo cerré la puerta al salir. ¿No sé si eso cuenta como alteración del escenario?

—No se preocupe, eso no cuenta. —Arcelia abrió su libreta—. ¿A qué hora llegó Usted?

—A las ocho menos cuarto. Como siempre lo hago.

—¿Hay guardia de noche?

—Sí señora, siempre existe un guardia que cubre ese horario.

—¿Ese guardia nocturno estaba en su puesto?

—No. Eso fue lo primero que noté. Primitivo Lara lleva tres años en ese turno y nunca ha faltado sin avisar.

—¿Los coches que están en el aparcadero los reconoció?

—Por supuesto. El Volvo negro es de don Evaristo. El Seat Leon gris era de doña Cayetana. El utilitario blanco es del muchacho que siempre acompaña a don Evaristo, el asistente.

—¿Se refiere a Sebastián Núñez?

—Ese. —Andrés hizo una pausa—. El coche de doña Cayetana me llamó la atención cuando llegué, aunque no supe por qué. Ella siempre es la primera en irse. Nunca se quedaba hasta tarde.

—¿Usted la conocía?

—Solo de vista. Venía varias veces al año con don Evaristo. —Una pausa—. Era una señora de mucho carácter. De las que no necesitan alzar la voz para que todo el mundo entienda lo que quiere. No puedo ni imaginarme quién habría querido hacerle algo como eso.

—Gracias, señor Quilez. Por favor no se vaya todavía.

Dentro de la sala, Monreal había completado su primera lectura del espacio y no le gustaba lo que había encontrado. No porque fuera confuso, sino por exactamente lo contrario: era demasiado ordenado. Había investigado veintidós homicidios en sus veintiocho años de servicio en la comandancia de Salamanca, y había aprendido a distinguir dos tipos de muertes violentas según lo que dejaban atrás.

Las muertes que habían sido producto de un acto impulsivo dejaban siempre caos: sillas volcadas, objetos tirados, marcas en las paredes, sangre donde nadie la habría puesto deliberadamente. Pero las muertes planeadas dejaban otra cosa. Dejaban normalmente un orden que no era el natural del espacio de que se tratare, sino el orden que alguien había impuesto sobre él después del hecho. Esta sala era de la segunda categoría.

—Ferrera —dijo.

—Teniente. —contestó el agente cuadrándose de inmediato.

—Encontró señales de forzamiento en las entradas.

—Ninguna. La alarma fue desactivada a las once cuarenta y dos con código correcto.

—¿Quién tenía el código?

—Don Evaristo Montalbán, como organizador del evento. Y la empresa de seguridad privada que contrató.

—Quiero el nombre del responsable de esa empresa antes del mediodía. Y localice al guardia nocturno...Ese Primitivo Lara. Quiero saber dónde estuvo desde las once de la noche.

—Sí, teniente.

Monreal recorrió la sala lentamente con las manos en los bolsillos. Se detuvo frente al busto del Gran Duque y lo miró un momento. Fernando Álvarez de Toledo lo observaba desde su pedestal con esa expresión de severidad que cuatro siglos no habían podido suavizar: los pómulos altos, la mandíbula firme, los ojos tallados con una profundidad que la luz de los focos convertía en algo casi incómodo.

—¿Qué hace usted aquí, excelencia? —murmuró Monreal. —y el busto del Duque permaneció en silencio.

Nadie le respondió.

La inspectora Arcelia Domínguez Albarieta había entrado a la sala y recorría el perímetro desde los márgenes hacia el centro, con esa manera suya que sus colegas encontraban difícil de describir: no el cuerpo primero, sino el espacio entero. Las distancias entre los objetos. Los ángulos de luz.

Las zonas de sombra que los focos no alcanzaban. Tenía treinta y un años de edad y dos de servicio en la comandancia de la Guardia Civil de Salamanca, y había desarrollado ese hábito sin saber todavía que era un método: leer los espacios como si fueran documentos, buscando... no lo que estaba, sino lo que no estaba donde debería.

Se detuvo en el rincón norte, junto a la ventana que daba al foso seco.

—Teniente —dijo.

Monreal se acercó.

—Desde aquí —dijo Arcelia sin moverse— se tiene visión directa al pedestal sin ser visto desde él. Los focos dejan este rincón en sombra. Alguien parado aquí podía observar la zona central de la sala durante todo el tiempo que necesitara sin que nadie lo notara.

—Lo que implica que conocía la sala de antemano —dijo Monreal.

—Y que probablemente eligió este rincón específicamente en forma premeditada. No fue una decisión tomada en el momento. —Una pausa—. La iluminación de estas exposiciones privadas no es aleatoria, teniente. Me informan que el encargado...un tal Don Evaristo, la diseña con mucho cuidado para que las piezas queden bien. Pero ese cuidado también crea sombras exactamente adonde están. Quien eligió ese rincón sabía cómo funcionaba la luz aquí.

Monreal guardó silencio. Era una observación que complicaba la hipótesis más cómoda.

El doctor Íñigo Barroso llegó a las once menos cuarto. Quince años como forense de la comandancia le habían dado una economía de movimientos que sus colegas jóvenes confundían con frialdad y que en realidad era respeto: los muertos merecen atención, no prisa. Saludó a Monreal con un gesto, ignoró cortésmente al resto, y se arrodilló junto al cuerpo.

Nueve minutos de silencio.

—Tres heridas de arma punzocortante —dijo cuando se incorporó—. Hoja corta, filo fino, entre ocho y doce centímetros de largo con toda seguridad. La primera llegó al corazón en la parte del ápex al parecer. Deduzco que las otras dos heridas son redundantes: la víctima muy probablemente ya estaba herida de muerte cuando fueron producidas...Estas fueron innecesarias aunque claro, el asesino no lo sabía.

—¿Por qué tres, entonces? —dijo Arcelia.

Barroso la miró.

—Eso es suyo determinarlo, inspectora. Lo que puedo decirle es que la precisión es idéntica en las tres. Sin vacilación, sin cambio de ángulo ni de profundidad. Quien hizo esto no dudó entre la primera herida y la tercera.

—¿A qué hora aproximada pudo ocurrir la muerte?

—Calculo que entre medianoche y la una y media. Ya lo precisaré en el laboratorio.

—¿Hay alguna señal de defensa?

—Ninguna. Sin marcas en los antebrazos, sin tejidos bajo las uñas, sin hematomas previos. —Barroso miró el rostro de la víctima un momento antes de continuar—. Esta mujer no se defendió. Lo que puede significar que no tuvo tiempo, o que no consideró necesario hacerlo hasta que fue demasiado tarde. Hay una diferencia entre las dos interpretaciones que importa para la investigación.

—¿Cuál? —dijo Arcelia.

—La primera implica velocidad. La segunda implica confianza. Si no se defendió porque no creyó estar en peligro, es porque conocía a quien la mató y no lo consideró una amenaza. —Una pausa breve—. Tendré el informe completo esta tarde.

Cuando el forense salió, Monreal se volvió hacia Arcelia.

—El collar —dijo.

—El collar es lo que quieren que veamos.

Monreal frunció el ceño levemente.

—¿Quieren?

—Quien hizo esto. —Arcelia cerró la libreta—. Una sala sin desorden. Un cuerpo sin lucha. Tres heridas ejecutadas con método idéntico. Esto no tiene la textura de un robo que se descontroló, teniente. Tiene la textura de algo que salió exactamente como estaba planeado. Un ladrón que mata lo hace para escapar, no para rematar dos veces a alguien que ya está casi muerto.

Monreal consideró eso durante un momento que no fue breve.

—Coordine las declaraciones —dijo al fin—. Quiero las de todos los asistentes antes de que acabe el día.

Arcelia asintió y se dirigió hacia la salida. Antes de cruzar el umbral se detuvo y miró una vez más hacia el busto del Gran Duque. La luz de los focos caía sobre el mármol de Carrara con esa precisión que exaltaba cada ángulo de la escultura: la línea severa de la mandíbula, los pómulos altos, la profundidad trabajada de los ojos.

Algo en esa mirada de piedra retuvo su atención un segundo más de lo habitual. Una incomodidad sin nombre, como cuando uno siente que ha pasado por algo importante sin detenerse lo suficiente. Lo registró en algún

lugar de la cabeza donde guardaba las cosas que todavía no sabía qué hacer con ellas, y salió.

En la sala que volvía a quedarse en silencio, el Gran Duque continuó mirando con la indiferencia absoluta de quien lleva cuatro siglos siendo testigo de lo que los hombres hacen y prefieren no recordar. Y en la cavidad del ojo derecho, donde la luz de los focos no llegaba con el ángulo necesario para revelar nada, la gota oscura esperaba. Pequeña. Perfectamente seca. Con toda la paciencia del mundo.

CAPÍTULO 2

Los que estaban esa noche

Castillo de Alba de Tormes y alrededores. Domingo

El salón de recepción del castillo era una estancia más pequeña que la sala principal, con una chimenea de piedra que nadie había encendido esa mañana y cuatro ventanas que daban al patio interior. En tiempos del ducado había servido para audiencias menores, para las visitas que no merecían la solemnidad de la sala grande pero que tampoco podían recibirse en los aposentos privados.

Ahora tenía seis sillas de respaldo recto distribuidas sin criterio visible, una mesa alargada que alguien había arrimado contra la pared, y el olor particular de los espacios que llevan mucho tiempo sin ser habitados de verdad: piedra fría, madera vieja, y algo que no era exactamente humedad sino su antesala.

Ahí esperaban ocho de los nueve asistentes a la velada de la noche anterior.

El teniente Monreal los había convocado con la cortesía firme que usaba cuando quería que alguien hiciera algo sin darle la opción de negarse. Había llegado al salón antes que ninguno, había mirado las sillas, había decidido no sentarse, y había permanecido de pie junto a la chimenea apagada con las manos en los bolsillos y esa expresión suya de hombre que tiene todo el tiempo del mundo aunque no lo tenga.

Fueron llegando de uno en uno, con esa puntualidad incómoda de quien no sabe si llegar antes o después de los demás le da alguna ventaja.

Don Evaristo Montalbán Cienfuegos fue el primero. Setenta años, traje oscuro, el cabello blanco perfectamente peinado hacia atrás con una gomina que olía a lavanda desde dos metros. Era un hombre que en circunstancias normales llenaba cualquier espacio con su presencia: la voz grave, el gesto amplio, la costumbre de los que llevan décadas siendo el centro de cualquier reunión.

Esa mañana, sin embargo, algo en él parecía haberse encogido. No en el cuerpo, que seguía erguido con la dignidad de siempre, sino en los ojos, donde había algo que no era exactamente dolor sino su primo más incómodo: el miedo a lo que viene después.

—Teniente —dijo, extendiendo la mano—. Don Evaristo Montalbán. Fui yo quien organizó la velada. Si hay algo en lo que pueda ayudar a esclarecer este horror...

—Le agradezco su disposición —dijo Monreal, estrechando la mano con la misma firmeza neutra que usaba para todas—. Por el momento le pido que espere. Hablaremos con cada uno por separado.

Don Evaristo asintió y eligió la silla más cercana a la chimenea, que era también la más alejada de la puerta. Un hombre acostumbrado a controlar los espacios, pensó Arcelia desde el umbral donde había permanecido en silencio, buscando instintivamente la posición que le daba más visión y menos exposición.

Blanca Guzmán de la Cruz llegó la segunda. Cuarenta y dos años, vestido gris oscuro que parecía elegido esa mañana con la misma atención con que se elige la ropa para un entierro, el cabello castaño recogido con sencillez. Era la sobrina más cercana a doña Cayetana, la que había administrado la casa familiar durante dos décadas con una eficiencia silenciosa que todos daban por sentada. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, del tipo que produce el llanto contenido más que el llanto libre, y las manos entrelazadas sobre el regazo con una tensión que los nudillos delataban.

—¿Cómo ocurrió? —dijo, dirigiéndose a Monreal con una voz que era firme pero apenas.

—Eso es precisamente lo que estamos tratando de determinar, señorita Guzmán. Por favor tome asiento.

—¿Puedo verla?

—En este momento no es posible. Lo lamento.

Blanca asintió con esa pequeña inclinación de cabeza que tienen las personas acostumbradas a aceptar lo que no pueden cambiar, y se sentó en la silla más próxima a don Evaristo, aunque sin mirarlo. Los dos guardaban una distancia que no era hostilidad sino algo más neutro: la distancia de quienes comparten un dolor sin compartir la confianza suficiente para nombrarlo.

Rodrigo Guzmán Peralta entró el tercero y lo hizo como entraban los hombres que llevan su propio estado de ánimo como si fuera una temperatura que afectara a todos los presentes. Treinta y ocho años, complexión atlética, la mandíbula con esa tensión de quien lleva horas apretando los dientes sin darse cuenta. Era el sobrino problemático, el que tenía fama de difícil en los círculos de la familia, el que había discutido con doña Cayetana en por lo menos dos reuniones familiares que don Evaristo recordaba con incomodidad.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que estar aquí? —dijo, antes de sentarse.

—El tiempo necesario —dijo Monreal, sin alterar el tono.

—Tengo compromisos en Madrid.

—Los compromisos en Madrid van a tener que esperar, señor Guzmán.

Rodrigo los miró a los dos, a Monreal y a Arcelia, con esa mirada de evaluación rápida que tienen los hombres acostumbrados a medir quién tiene más poder en cada situación. Luego se sentó en la silla más alejada de todos, cruzó los brazos, y no volvió a decir nada durante varios minutos.

Arcelia lo observó con atención. La irritación de Rodrigo era real, no actuada. Pero había algo debajo de la irritación que era más difícil de nombrar: una rigidez que no era solo carácter sino algo que se parecía más al esfuerzo de mantenerse en un lugar determinado cuando una parte de uno mismo quiere estar en otro.

Jimena Sorolla Vidal llegó la cuarta, con una carpeta bajo el brazo que contenía, según explicó sin que nadie se lo preguntara, la documentación técnica de las piezas que había catalogado para la exposición. Cuarenta y cinco años, gafas de montura fina, el cabello rubio cortado con esa precisión que sugiere que su portadora no tiene tiempo que perder en cosas que no sean necesarias. Era historiadora del arte, profesora en Salamanca, y tenía esa actitud de las personas que han pasado demasiado tiempo en entornos académicos: la tendencia a responder preguntas que nadie ha hecho todavía y a tratar cualquier situación como si fuera susceptible de análisis inmediato.

—Supongo que necesitarán la lista completa de las piezas expuestas y su valoración —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa arrimada a la pared—. Ya la he preparado por si acaso.

—Es muy eficiente —dijo Arcelia.

Jimena la miró un momento.

—En estas situaciones es mejor tener la información disponible que esperar a que alguien la pida —dijo.

—Completamente de acuerdo —dijo Arcelia, y anotó algo en su libreta.

El padre Celestino Aranda llegó el quinto, con esa calma que tienen los sacerdotes de cierta edad cuando enfrentan situaciones que para ellos no son del todo novedosas: la muerte, en sus distintas formas, era parte de su oficio desde hacía cuarenta años. Era un hombre de unos sesenta y cinco, bajo y de complexión menuda, con el cabello completamente gris y unos ojos pequeños y claros que miraban con una atención que podía confundirse con benevolencia y que Arcelia decidió, desde el primer momento, que era algo más complejo que eso.

—Un golpe terrible —dijo, dirigiéndose a nadie en particular—. Doña Cayetana era una mujer de fe profunda. Confío en que encontremos la paz que necesitamos en estos momentos difíciles.

Monreal asintió con la misma neutralidad de siempre. Arcelia observó que el padre Celestino, al sentarse, eligió una silla desde la que podía ver a todos los demás sin que ninguno pudiera verlo a él directamente sin girarse. Un hombre acostumbrado a escuchar, pensó. Y a no ser escuchado más de lo que él decidía.

Sebastián Núñez Valls llegó el sexto y lo hizo con esa nerviosidad particular de los jóvenes cuando se encuentran en situaciones para las que no tienen todavía el protocolo aprendido. Veintiséis años, delgado, con la ropa del día anterior porque evidentemente no había pasado por su casa desde la noche anterior. Había sido asistente de don Evaristo durante dos años y su presencia en la velada era la de alguien que está ahí para hacer lo que haga falta: cargar cajas, resolver logística, estar disponible. No era el tipo de persona que los demás miraban con atención en una reunión social, lo cual era, pensó Arcelia, exactamente el tipo de persona que ella necesitaba mirar con más atención que a ningún otro.

—Señor Núñez —dijo Arcelia—. ¿Descansó algo esta noche?

Sebastián la miró con una expresión que tardó demasiado en volverse neutra.

—Un poco —dijo—. Me quedé en el castillo hasta tarde ayudando a recoger.

—¿Hasta qué hora aproximadamente?

—No sé exactamente. Pasada la medianoche.

—¿Y después?

—Me fui a casa.

—¿En su coche? El utilitario blanco del aparcamiento.

Sebastián vaciló un instante que Arcelia registró con la misma precisión con que había registrado la gota en el ojo del busto, aunque esa comparación todavía no podía hacerla porque la gota no la había encontrado todavía.

—Sí —dijo—. En mi coche.

—Gracias —dijo Arcelia, y anotó algo.

Las dos últimas en llegar fueron Carmen Aldecoa Ruiz y su marido, Patricio Fuentes Lerma, matrimonio de unos cincuenta años que había asistido a la velada en calidad de coleccionistas y amigos de larga data de doña Cayetana. Llegaron juntos, se sentaron juntos, y respondieron a los saludos de Monreal con la misma expresión de conmoción controlada que tienen las personas que han recibido malas noticias y han tenido tiempo de decidir cómo van a reaccionar ante ellas públicamente. Carmen Aldecoa llevaba un pañuelo en la mano que no había usado todavía. Patricio Fuentes miraba el suelo con la concentración de quien está pensando en algo que preferiría no pensar.

Nueve personas en total. Ocho en esa sala. La novena estaba al pie del busto del Gran Duque, y ya no iba a dar declaraciones a nadie.

Monreal los miró a todos durante un momento antes de hablar.

—Les agradezco su presencia y su paciencia —dijo—. Entiendo que esto es un momento muy difícil para quienes conocían a doña Cayetana. Hablaré con cada uno de ustedes por separado en el transcurso de la mañana. Les pido que permanezcan disponibles y que no comenten entre sí los detalles de lo que vieron o escucharon anoche. No porque no confíe en su buena fe, sino porque las versiones independientes son más útiles para la investigación que las versiones que han tenido tiempo de compararse.

Hubo un silencio. Rodrigo Guzmán abrió la boca y la cerró sin decir nada. Don Evaristo asintió con gravedad. El padre Celestino juntó las manos sobre el regazo.

Arcelia, desde su posición junto al umbral, los miró a todos una vez más antes de salir. Ocho personas con ocho razones distintas para estar ahí la noche anterior. Ocho versiones de lo que había ocurrido, cada una verdadera en sus propios términos, cada una incompleta de maneras que todavía no sabía medir.

Una de las ocho había entrado a esa sala esa mañana sabiendo exactamente lo que Andrés Quilez había encontrado al pie del pedestal.

La pregunta era cuál.

Los interrogatorios individuales comenzaron a las once y media en un despacho pequeño que el personal del castillo había habilitado junto al salón de recepción: una mesa, tres sillas, una ventana que daba al foso seco. Monreal se sentó de un lado. Arcelia, con su libreta, se colocó ligeramente hacia atrás y a la izquierda, en esa posición que había encontrado por instinto y que le permitía observar a quien declaraba sin que la persona sintiera que la observaban directamente.

Don Evaristo fue el primero.

Se sentó con la misma dignidad de siempre, cruzó las manos sobre la mesa, y empezó a hablar antes de que Monreal le hiciera la primera pregunta.

—La velada transcurrió con absoluta normalidad hasta pasadas las once —dijo—. Las piezas fueron admiradas, las conversaciones fueron las propias de este tipo de reuniones. Doña Cayetana estaba de excelente humor. Yo mismo la vi reírse en dos ocasiones, lo cual no era frecuente en ella.

—¿A qué hora se fue usted? —dijo Monreal.

—Poco después de la medianoche. Yo fui el último en irme, junto con Sebastián, que me ayudó a recoger algunos materiales de la exposición.

—¿Vio a doña Cayetana antes de irse?

Don Evaristo dudó un instante.

—La vi cerca de las once y media, conversando con su sobrina Blanca. Después no la volví a ver. Supuse que se había retirado antes que yo, como era su costumbre.

—¿Notó algo inusual durante la velada? ¿Alguna tensión entre los asistentes, alguna conversación que le llamara la atención?

Don Evaristo consideró la pregunta con más tiempo del que merecía.

—No —dijo al fin—. Nada en absoluto.

Arcelia anotó: duda antes de responder. La duda de quien decide qué decir, no de quien trata de recordar.

Blanca Guzmán de la Cruz entró al despacho con esa compostura suya que era casi física, como si llevara años practicando la postura correcta para situaciones incorrectas. Se sentó, miró a Monreal, y esperó.

—¿Cuándo vio usted a su tía por última vez? —dijo Monreal.

—Cerca de las once y cuarto. Estábamos hablando junto a la ventana norte de la sala.

—¿De qué hablaban?

Una pausa breve.

—De la exposición. De las piezas. De cosas sin importancia.

—¿De cosas sin importancia? —repitió Monreal.

—Sí.

—¿Y después de esa conversación?

—Me fui al grupo donde estaba el padre Celestino. Mi tía se quedó junto a la ventana. No volví a verla.

Arcelia levantó la vista de la libreta un momento. Blanca había dicho junto a la ventana norte, que era exactamente el rincón donde ella había identificado esa mañana la posición ideal para quien quisiera observar el pedestal sin ser visto. Y don Evaristo había dicho que había visto a doña Cayetana hablando con Blanca cerca de las once y media.

Quince minutos de diferencia en los relojes de dos personas que habían estado en la misma sala.

Las versiones independientes, como Monreal había dicho, eran más útiles que las versiones que habían tenido tiempo de compararse.

Arcelia cerró la libreta y miró hacia la ventana que daba al foso seco. Afuera, la escarcha de la mañana se había fundido ya con el frío de noviembre, y el castillo de Alba de Tormes seguía en pie como había estado siempre: indiferente, paciente, guardando todo lo que los hombres le confiaban sin pedirle permiso.

CAPÍTULO 3

La hipótesis del collar

Dependencias policiales de Salamanca. Lunes

La sala de reuniones de la comandancia de Salamanca tenía esa austeridad funcional de los espacios diseñados para que nadie quisiera quedarse en ellos más tiempo del necesario. Tenía las paredes blancas sin ningún adorno, una mesa rectangular de formica gris, ocho sillas de plástico que chirriaban levemente cada vez que alguien se movía, y una ventana que daba a un patio interior donde había aparcado un furgón policial que parecía no haber sido movido por alguien en semanas.

La lámpara fluorescente del techo parpadeaba con una cadencia irregular que los que trabajaban ahí habitualmente, habían dejado de notar hacía tiempo y

que a Arcelia, esa mañana de lunes, le resultaba levemente irritante, tal vez, pensaba ella, porque era la nueva de la comandancia y aun no asimilaba el ambiente como los demás.

El comandante Héctor Salinas presidía la reunión desde la cabecera de la mesa con esa autoridad tranquila de los hombres que llevan suficientes años en un cargo para no necesitar demostrarla.

Tenía cincuenta y ocho años, y siempre aparecía con su uniforme jerárquico impecable. Se había sentado en su lugar con las manos apoyadas sobre una carpeta cerrada que no había abierto desde que entró. A su derecha estaba el teniente Monreal. A la izquierda, el responsable del área de investigación criminal, el inspector jefe Bermúdez, un hombre de cuarenta y tantos años con el cabello escaso y una expresión permanente de ligera impaciencia que Arcelia había aprendido a interpretar no como hostilidad, pero sí como el resultado de haber estado durante demasiado tiempo, resolviendo misterios para los cuales no había contado con los recursos suficientes ni con el apoyo que él hubiera querido tener para hacerlo.

Arcelia estaba al final de la mesa, junto al agente Ferrera. Su posición en la jerarquía de esa reunión era clara: estaba ahí para escuchar y tomar notas, no para opinar...cuando menos mientras no se lo pidieran.

—Bien —dijo el comandante Salinas—. Teniente Monreal, pónganos al corriente.

Monreal abrió su carpeta con la parsimonia de quien sabe que lo que va a decir no necesita urgencia para ser importante.

—La occisa es Doña Cayetana Guzmán de la Cruz, sesenta y ocho años, fallecida entre medianoche y la una y media del sábado para el domingo en la sala principal de la Torre del Homenaje del Castillo de Alba de Tormes. Se encontraron tres heridas de arma punzocortante en el pecho. La primera de ellas fatal, según opinión del forense en su primera impresión. No aparecieron señales de lucha ni de forcejeo. —Hizo una pausa—. Según refiere el mayordomo del Castillo, o como se nombre el cargo de Andrés Quiléz, se debía haber encontrado en su cuello un collar de rubíes y diamantes valorado en aproximadamente cuatrocientos mil euros. Ese collar no estaba en su cuello. Ha desaparecido.

—¿Cuatrocientos mil euros? —Dijo Salinas levantando una ceja. — ¿Quién hizo esa tasación?

—El mismo mayordomo dijo estar enterado de ese dato.

—¿Cómo suponen que fue el acceso al recinto? —dijo Bermúdez.

—La alarma fue desactivada a las once cuarenta y dos con código correcto. Sin forzamiento en ninguna entrada. El guardia nocturno, un tal Primitivo Lara, fue localizado ayer por la tarde en su domicilio, y al interrogarlo afirmó haber abandonado el puesto a las once y veinte a causa de haber recibido una llamada que le informaba de un accidente de su hermano en Ávila.

Confirmamos que el accidente existió, pero el hermano del guardia refiere no haberlo llamado.

—¿Quién lo llamó entonces? —dijo Salinas.

—Un número prepago. Que ya no responde.

El comandante Salinas anotó algo en el margen de su carpeta cerrada, que era un gesto sin sentido práctico pero que le daba la apariencia de estar procesando la información con rigor profesional.

—Todo lo encontrado en la línea de investigación principal —continuó Monreal — apunta a un robo planificado. Al parecer, alguien conocía la existencia del collar y su valor por supuesto, conocía que la velada sucedería, de alguna manera consiguió el código de la alarma o lo obtuvo de alguien que lo tenía, y manipuló al guardia para que abandonara el puesto en el momento oportuno. Doña Cayetana es obvio que se opuso al robo cuando trataron de retirarlo de su cuello y por tanto... la eliminaron.

—¿Sospechosos? —dijo Bermúdez.

—El anticuario Montalbán, que organizó el evento y por lo mismo tenía el código. Su asistente, Sebastián Núñez, que estuvo en el recinto hasta tarde y cuya versión sobre la hora de salida presenta algunas imprecisiones. Y el sobrino de Doña Cayetana, Rodrigo Guzmán, que tiene antecedentes de conflicto con la víctima y una coartada débil para el intervalo entre las once y la medianoche.

—¿Qué tipo de antecedentes tiene ese sobrino suyo? —dijo Salinas.

—Han sido disputas familiares bien documentadas. Nada de carácter penal. Pero el hombre tiene carácter disparejo y razones para el resentimiento, si queremos verlo de esa manera.

—Y las declaraciones de los familiares y asistentes a la velada ¿nos dicen algo?

—Aún no terminamos con todos, pero hasta el momento nadie parece tener motivos para haber asesinado a la occisa, y nadie hasta ahora ha podido aportar más detalles que den luz a la investigación.

—Bien. —dijo escuetamente Salinas. —analizaremos todo cuando tengamos todas las declaraciones y el resultado oficial del forense.

La reunión siguió durante veinte minutos más, con Monreal respondiendo preguntas y Bermúdez tomando notas con esa eficiencia mecánica de quien ha estado en demasiadas reuniones como esta. Cuando llegó el momento que Arcelia había estado esperando, lo aprovechó con la precisión de quien sabe que solo va a tener una oportunidad.

—Teniente —dijo, en el momento en que Monreal cerraba su carpeta—. ¿Puedo añadir una observación adicional?

Monreal la miró con ojos no muy amigables producto de lo que consideraba una impertinencia de parte de la novata. Luego miró al comandante Salinas,

que asintió con la condescendencia amable de quien concede el turno a alguien novel, aunque no esperando que diga nada importante.

—La sala estaba demasiado en orden —dijo Arcelia—. No había cosas fuera de lugar, no se notaban signos de urgencia, no se veía ningún rastro de ese caos que produce un robo que se descontrola. Incluso las heridas fueron tan precisas e idénticas entre sí, según comentario del forense. Y está lo del guardia que fue eliminado del recinto con demasiada anticipación...digo, si el objetivo era el collar, bastaba con actuar cuando la víctima estuviera sola. No era necesario dejar el recinto sin vigilancia desde las once y veinte si la velada terminó pasada la medianoche.

Bermúdez la miró por encima de sus notas y solo para precisar lo que podría ser necesario apuntar le preguntó a Arcelia:

—¿Qué está sugiriendo, inspectora?

—Que el collar podría no ser el móvil real. Que alguien quería que lo pareciera.

Hubo un silencio breve en la sala. La lámpara fluorescente parpadeó una vez como no entendiendo tampoco el punto de Arcelia.

—Es una hipótesis interesante —dijo el comandante Salinas, con el tono que reservaba para las cosas, que en realidad, no le parecían interesantes en absoluto—. Pero por el momento nos atenemos a la evidencia disponible. El collar ha desaparecido. Eso es un hecho. Las demás consideraciones son meras especulaciones que no tienen por el momento sustento alguno.

—Con el debido respeto, comandante —dijo Arcelia—, la ausencia de desorden también es un hecho.

Salinas la miró un momento con algo que no era hostilidad sino algo más frío: la indiferencia de quien ya ha tomado una decisión y no ve razón para revisarla.

—Usted continúe con su trabajo, inspectora —dijo. —Ya veremos más adelante.

Arcelia cerró su libreta. Monreal no la miró.

Esa tarde, mientras el equipo principal avanzaba en la dirección del collar y los tres sospechosos que Monreal había puesto sobre la mesa, Arcelia obtuvo acceso al expediente personal de doña Cayetana: documentos, correspondencia, declaraciones de personas que la habían conocido a lo largo de los años.

Le habían asignado esa tarea como trabajo de contexto, algo que hacer mientras los demás hacían lo importante. Ella la aceptó sin comentarios y se instaló en un despacho pequeño con una pila de carpetas y el resto de la tarde por delante.

Lo que encontró la entretuvo más de lo que había anticipado.

Doña Cayetana Guzmán de la Cruz había sido, según todos los que la describían, una mujer de inteligencia notable y voluntad de hierro envuelta en

formas impecables. No alzaba la voz. No discutía. Pero cuando tomaba una decisión, esa decisión se ejecutaba, y quien intentara cuestionarla descubriría que el cuestionamiento no llegaba a ningún lugar porque doña Cayetana había diseñado el espacio alrededor de sus decisiones de manera que no hubiera espacio para la objeción.

Analizó una carta de su abogado de 2019 donde se describía una disputa con Rodrigo Guzmán sobre el uso de una propiedad familiar en Béjar: doña Cayetana había cedido la propiedad a una fundación cultural sin consultarlo, y Rodrigo había reaccionado con una furia que el abogado describía con la palabra extemporánea, que era la manera elegante de decir que había sido desproporcionada y humillante para quien la había expresado.

Un testimonio de la señora que había llevado la administración doméstica de la casa familiar durante dieciséis años describía a doña Cayetana como una empleadora justa pero exigente. Puntualizaba que pagaba bien y a tiempo y que nunca levantaba la voz, pero que tenía una manera de mirar que hacía que uno quisiera no haber cometido el error que pudiera haber cometido. Decía textualmente:

“La señora miraba con una frialdad que lo entumía a una...en verdad daba frío cuando Doña Cayetana nos miraba así”

Una carta personal, sin fecha ni firma, que parecía ser de un hombre y que doña Cayetana había guardado entre sus documentos personales más de veinte años, contenía una frase que Arcelia leyó dos veces:

“Tú siempre sabes lo que es mejor para todos, Cayetana, y eso es lo que hace que sea imposible quererte bien”

Arcelia dejó la carta sobre la mesa y miró el techo un momento.

Una mujer que tomaba decisiones por los demás convencida de que sabía mejor que ellos lo que les convenía. Una mujer a quien era fácil admirar y más fácil todavía resentir. Una mujer que tres días antes de su muerte había visitado a un notario en Salamanca.

Ese detalle lo había anotado en su libreta el día anterior, en el archivo histórico del castillo, sin saber todavía qué hacer con él. Ahora, leyendo las cartas, empezaba a tener una idea.

Buscó en los documentos hasta encontrar lo que necesitaba: el nombre del notario. Adolfo Carreras Vega. Notaría número siete de Salamanca, ubicada en la calle Zamora, cerca de la Iglesia de San Boal y el Palacio de San Boal situados en la plaza que se abre a mitad de la calle.

Arcelia anotó el nombre, cerró la carpeta, y miró por la ventana del despacho hacia el patio donde el furgón seguía aparcado exactamente donde había estado esa mañana. Afuera había oscurecido ya, y el frío de noviembre había bajado varios grados desde el mediodía.

A Arcelia le parecía importante saber que un notario fue visitado tres días antes de la muerte de Doña Cayetana, sin que ninguno de sus familiares lo

mencionara. Sin que nadie, en ninguna de las declaraciones del domingo, hubiera dicho una sola palabra al respecto.

Tal vez no lo sabían.

O...tal vez lo sabían y habían decidido no decirlo.

Arcelia guardó la libreta en el bolsillo de la chaqueta y salió del despacho. Mañana iría a la notaría. Sin decírselo a Monreal todavía, porque Monreal tenía su hipótesis y su collar y sus tres sospechosos, y ella necesitaba saber a qué había ido a ver a un notario poco antes del atentado o mejor aún, qué era lo que podía haber firmado doña Cayetana. Decidió entonces que haría así las cosas, antes de llegar a complicar innecesariamente una investigación que ya estaba tomando forma, aunque tal vez estaba siendo en una dirección que podía ser completamente equivocada.

CAPÍTULO 4

El peso del linaje

Archivo histórico del ducado. Martes

El archivo histórico de la Casa Guzmán de la Cruz no era un lugar que apareciera en ninguna guía turística ni en ningún catálogo de patrimonio cultural de Castilla y León, lo cual era exactamente como la familia lo había querido siempre. Estaba ubicado en la planta baja de una casona del siglo XVIII en la calle del Prior de Salamanca, a tres manzanas de la Plaza Mayor, en un edificio que por fuera parecía una vivienda particular de tamaño discreto y que por dentro revelaba, a quien tuviera acceso, una acumulación de documentos, legajos, correspondencia y registros que abarcaba desde el siglo XV hasta el presente con una continuidad que pocas familias nobiliarias españolas podían reclamar.

Don Aurelio Prados Mendívil llevaba treinta y un años custodiando ese archivo. Era un hombre de sesenta y tres, delgado hasta la fragilidad aparente, con los dedos largos y manchados de tinta que tienen los archiveros que trabajan con documentos originales y que consideran los guantes una pérdida innecesaria de sensibilidad táctil. Cuando Arcelia se presentó esa mañana de martes con su credencial de la Guardia Civil y una orden de acceso firmada por el comandante Salinas, don Aurelio la miró durante un momento largo antes de hacerse a un lado para dejarla pasar.

—Los documentos no salen de aquí —dijo.

—No necesito que salgan —dijo Arcelia.

—No se fotografían sin mi supervisión.

—De acuerdo.

—Y no se tocan con las manos desnudas los anteriores al siglo XIX.

—Entendido.

Don Aurelio la miró una vez más, como evaluando si estas concesiones eran suficientes para confiarle el acceso a algo que él consideraba, con toda la convicción de sus treinta y un años de custodia, más suyo que de la familia que lo había contratado.

—¿Qué período le interesa? —dijo al fin.

—El reciente, principalmente. Últimas tres décadas. Pero también me interesa entender el patrón general de la familia. Cómo resolvían sus conflictos internos. Cómo manejaban las disputas de herencia.

Don Aurelio enarcó una ceja.

—¿Disputas de herencia?

—Entre otras cosas.

El archivero guardó silencio un momento. Luego, con la resignación de quien sabe que la alternativa es peor, fue hacia una de las estanterías metálicas que recorrían las paredes del archivo de suelo a techo y empezó a sacar carpetas con una precisión que no necesitaba etiquetas porque don Aurelio llevaba el índice completo en la cabeza, organizado de una manera que probablemente solo él podía descifrar del todo.

—Síntese —dijo, señalando una mesa de madera oscura en el centro de la sala—. Le traigo lo que necesita.

La sala del archivo olía a papel viejo y a algo que no era exactamente humedad sino su versión más seca: el olor de las cosas que han estado mucho tiempo en un espacio cerrado y que han absorbido el tiempo en sus fibras. La iluminación era de fluorescentes fríos que don Aurelio había distribuido con cuidado para que la luz llegara a las estanterías sin dañar los documentos más antiguos. En las paredes, entre las estanterías, había dos retratos al óleo de tamaño modesto: un hombre del siglo XVII con armadura y expresión satisfecha, y una mujer del XVIII con un vestido que debía haber costado lo que un labrador ganaba en un año. Ambos miraban hacia el interior de la sala con esa condescendencia perpetua de quienes fueron pintados para ser admirados y llevan siglos esperando que alguien cumpla con esa función.

Don Aurelio depositó sobre la mesa tres carpetas y un legajo atado con cinta roja.

—Las carpetas son documentación de los últimos treinta años: actas de reuniones familiares, correspondencia con los abogados de la casa, registros de las propiedades. El legajo es más antiguo: disputas de herencia documentadas desde el siglo XIX. —Hizo una pausa—. Le advierto que la familia Guzmán de la Cruz no era aficionada a los documentos escritos cuando se trataba de asuntos internos delicados. Muchas cosas se resolvieron de palabra y no quedaron registradas.

—¿Por costumbre o por prudencia? —dijo Arcelia.

Don Aurelio la miró con algo que se parecía al respeto involuntario.

—Por las dos cosas, inspectora. Por las dos cosas.

Se retiró a su escritorio en el rincón de la sala, donde tenía una taza de café que llevaba ahí desde antes de que Arcelia llegara y que presumiblemente seguiría ahí cuando se fuera, y se puso a trabajar en algo que Arcelia no podía ver desde su posición pero que producía el sonido suave y regular de un lápiz sobre papel.

Arcelia abrió la primera carpeta.

Lo que encontró en las siguientes tres horas fue menos una historia que un patrón. Los Guzmán de la Cruz, a lo largo de los siglos documentados en ese archivo, habían resuelto sus conflictos internos de una manera que se repetía con una consistencia que podría haberse llamado principio familiar si alguien se hubiera tomado la molestia de escribirlo: nunca los tribunales, nunca el escándalo público, nunca la confrontación abierta.

Los problemas se resolvían en privado, entre las personas afectadas, con acuerdos que no se ponían por escrito más de lo estrictamente necesario y que se ejecutaban con una eficiencia que hacía innecesario el papel.

Había un documento de 1887 que describía la resolución de una disputa entre dos ramas de la familia por el control de unas tierras en Salamanca: la rama menor había cedido sus derechos a cambio de una cantidad en metálico que el documento describía como satisfactoria para ambas partes, sin especificar la cantidad.

Había correspondencia de los años cuarenta del siglo pasado sobre la adjudicación de una colección de arte tras la muerte del entonces patriarca: los herederos habían llegado a un acuerdo en dos reuniones privadas cuyo contenido no estaba en ningún papel, y el resultado final aparecía consignado en una sola línea en el registro familiar, sin debate ni explicación.

Y había, en la carpeta más reciente, el rastro de algo que Arcelia empezó a leer con más atención que todo lo anterior.

En 2019, doña Cayetana había tomado la decisión de ceder una propiedad familiar en Béjar a una fundación cultural. No era la primera vez que lo hacía: había cedido dos propiedades en los veinte años anteriores, siempre a instituciones culturales, siempre sin consultar a los demás miembros de la familia. Era su derecho legal: las propiedades estaban a su nombre. Pero era también, según una carta que Rodrigo Guzmán había enviado al abogado de la familia ese mismo año, una manera de disponer del patrimonio común sin el consentimiento de quienes también se consideraban herederos morales de ese patrimonio, aunque sus nombres no aparecieran en ninguna escritura.

La carta de Rodrigo era extensa y estaba escrita con esa mezcla de lenguaje jurídico y furia personal que producen los hombres instruidos cuando pierden el control de sus emociones pero no quieren admitirlo. Cuestionaba la legalidad del procedimiento, insinuaba que doña Cayetana no actuaba de buena fe, y terminaba con una frase que Arcelia leyó tres veces: Si continúa por este camino, tarde o temprano las consecuencias recaerán sobre todos, incluida ella misma.

Una amenaza. Elegante, ambigua, pero una amenaza.

Arcelia anotó la frase en su libreta y siguió leyendo.

Lo que encontró a continuación no estaba en ninguna carpeta sino en el legajo atado con cinta roja, entre documentos del siglo XIX que don Aurelio había incluido, presumiblemente, porque consideraba que el contexto histórico era relevante para entender el presente.

Era un registro de una disputa de herencia de 1923 que involucraba a dos hermanas y un patrimonio que no alcanzaba para las dos: la hermana mayor había maniobrado durante años para concentrar la mayor parte de los bienes en su nombre, utilizando su posición de administradora de los asuntos familiares para ir desplazando a la menor sin que esta pudiera demostrarlo hasta que fue demasiado tarde. El documento que describía la resolución final era frío y preciso: la hermana menor había aceptado una compensación económica a cambio de renunciar a cualquier reclamación futura sobre el patrimonio familiar.

Arcelia dejó el documento sobre la mesa y miró los retratos en la pared. El hombre del siglo XVII y la mujer del XVIII la miraban de vuelta con su condescendencia inalterable.

El patrón era el mismo en 1923 y en 2019. La misma lógica, los mismos mecanismos, el mismo resultado: alguien con más poder dentro de la familia tomaba decisiones que afectaban a otros sin consultarlos, y esos otros aceptaban porque no tenían alternativa o porque la alternativa era peor. Lo que variaba era el nombre de quien ejercía el poder y el nombre de quien lo padecía.

—Don Aurelio —dijo Arcelia.

El archivero levantó la vista de su trabajo.

—¿Blanca Guzmán de la Cruz aparece en estos documentos?

Don Aurelio tardó un momento en responder.

—La señorita Blanca lleva veinte años administrando los asuntos de la casa familiar. Hay documentación de esa gestión en la carpeta del fondo, la que no le he traído todavía.

—¿Podría traérmela?

Don Aurelio fue hacia la estantería sin decir nada. Tardó más de lo necesario en encontrar la carpeta, lo cual Arcelia interpretó no como desorden sino como el gesto de un hombre que está decidiendo cuánto quiere revelar.

La carpeta que depositó sobre la mesa era más delgada que las anteriores. Contenía registros de gastos domésticos, correspondencia con proveedores, algunos contratos de mantenimiento firmados por Blanca en nombre de doña Cayetana. Todo impecable, todo perfectamente ordenado, todo exactamente lo que debería estar ahí.

Pero en el fondo de la carpeta, casi como si hubiera sido olvidado, había una hoja suelta que no era un documento de gestión sino una carta. Escrita a

mano, con una letra apretada y regular que Arcelia reconoció inmediatamente como la de Blanca porque había visto su firma en varios de los contratos anteriores.

La carta estaba dirigida a doña Cayetana y no tenía fecha. Solo decía:

“Tía: Durante veinte años has estado diciéndome que la casa es mi casa. Que mi trabajo es también tu trabajo. Que lo que construimos juntas nos pertenece a las dos por igual. Entonces si eso es verdad, necesito que me lo demuestres de una manera que no dependa solo de tu palabra. Porque las palabras, yo lo sé, lamentablemente pueden cambiar. Pero las escrituras no”

Arcelia leyó la carta una vez. Luego la leyó otra vez más despacio.

Blanca le había pedido a su tía que pusiera por escrito lo que durante veinte años había sido solo una promesa. Y doña Cayetana había visitado a un notario tres días antes de morir.

La pregunta no era si había ido a cumplir esa promesa. La pregunta era si había ido a cumplirla o a romperla definitivamente.

Arcelia cerró la carpeta, recogió su libreta, y se levantó.

—Gracias, don Aurelio —dijo—. Ha sido usted muy útil.

El archivero la miró desde su escritorio con esa expresión que tienen los custodios de secretos ajenos cuando alguien ha estado cerca de encontrar algo que ellos llevan años guardando sin saber exactamente por qué.

—¿Encontró lo que buscaba? —dijo.

—Encontré más de lo que buscaba —dijo Arcelia—. Que es siempre lo mejor que puede pasarle a una investigación.

Salió a la calle. El frío de noviembre en Salamanca a esa hora de la tarde era el frío de las ciudades de piedra cuando el sol ha bajado lo suficiente para dejar de calentar nada: seco, directo, sin apelación. Arcelia caminó hacia su coche con las manos en los bolsillos y la libreta apretada bajo el brazo, pensando en una mujer que había pedido, lo que llevaban mucho tiempo diciéndole como promesa de palabra, y que lo quería ahora por escrito. Y pensaba en otra mujer que había ido a ver a un notario tres días antes de morir.

Mañana iría a la notaría.

Y esta vez sí se lo diría a Monreal. Porque lo que había encontrado en ese archivo no era una especulación. Era el principio de algo que empezaba a tener forma.

CAPÍTULO 5

El sospechoso perfecto

Castillo de Alba de Tormes y alrededores. Miércoles

Rodrigo Guzmán Peralta llegó a la segunda entrevista con veinte minutos de retraso y sin disculparse por ello, lo cual era ya, en sí mismo, una declaración

de carácter que no necesitaba interpretación adicional para ser entendida por quienes lo esperaban. Se sentó frente al teniente Monreal con los brazos cruzados sobre el pecho y esa mandíbula tensa que tienen los hombres que llevan varios días apretando los dientes sin darse cuenta de que lo están haciendo, y lo miró con la evaluación directa y sin disimulo de quien no considera necesario fingir que no está midiendo la situación y a las personas que la protagonizan.

El despacho que Monreal había habilitado para las entrevistas en el castillo era una estancia pequeña que en tiempos del ducado había servido de sala de contabilidad y que conservaba de esa función pasada una mesa de madera maciza con las esquinas desgastadas por décadas de uso, tres sillas que no pertenecían al mismo juego y que lo hacían notar, y una ventana estrecha orientada hacia el patio interior por la que el sol de la mañana entraba con un ángulo bajo y casi horizontal que iluminaba el polvo en suspensión y dejaba el resto de la sala en una sombra de tono amarillento y levemente opresivo. Era, pensó Arcelia desde su posición habitual junto a la pared, un espacio que favorecía la incomodidad en quien se sentaba al lado equivocado de esa mesa, y era difícil creer que eso fuera completamente accidental.

Monreal dejó que Rodrigo se instalara en su postura, dejó que cruzara los brazos y adoptara esa actitud de hombre que no tiene nada que temer ni nada que demostrar, y luego abrió su carpeta con la parsimonia tranquila de quien sabe que lo que va a decir no necesita urgencia alguna para ser importante, y dijo, sin alzar la voz ni un tono por encima de lo habitual:

—Señor Guzmán. El sábado por la noche, entre las once y la medianoche, usted no aparece en ninguna de las declaraciones de los otros asistentes a la velada. Nadie lo vio, nadie habló con usted, nadie lo recuerda en ningún espacio concreto del castillo durante ese intervalo de tiempo. Necesito que me diga dónde estaba.

Rodrigo no respondió de inmediato. Miró el techo durante un momento con esa expresión característica de los hombres que están calculando no lo que ocurrió sino lo que conviene decir sobre lo que ocurrió, como si entre la realidad y el relato de la realidad hubiera un espacio de maniobra que valiera la pena explorar antes de comprometerse con ninguna versión.

—Estaba en el pasillo este —dijo al fin, con una deliberación que era visible—. Hablando por teléfono con un amigo que vive en Madrid. Se llama Javier Menéndez y lleva años siendo mi amigo, de modo que no creo que tenga dificultad en confirmarlo.

—¿De qué hablaron, si puede saberse?

—De un asunto personal que no tiene ninguna relación con lo que ocurrió aquí.

—¿Cuánto duró aproximadamente esa conversación?

—Unos veinte minutos, aunque no fui mirando el reloj, si eso es lo que quiere saber.

—¿Por qué salió al pasillo para hacer esa llamada en lugar de hacerla desde la sala, donde estaban los demás?

—Porque no quería que nadie escuchara lo que hablaba, que es una razón completamente razonable para buscar un lugar más privado.

—Completamente razonable, sí —repitió Monreal, con el tono neutro que usaba cuando quería que una frase resonara en el silencio sin necesidad de comentario adicional.

Rodrigo lo miró con una expresión que reconocía el recurso y no lo apreciaba especialmente.

—¿Hay alguna pregunta concreta que quiera hacerme, teniente, o vamos a seguir con las insinuaciones veladas durante toda la mañana?

—Hay varias preguntas concretas —dijo Monreal, completamente imperturbable—. ¿Cómo era su relación con doña Cayetana en los últimos meses?

—Correcta, dentro de lo que cabe entre familiares adultos que no comparten todos los criterios y que han tenido sus diferencias en el pasado. No éramos íntimos, nunca lo fuimos, pero tampoco éramos enemigos aunque me imagino que eso es lo que preferiría escuchar.

—¿La vio antes de la velada del sábado?

—En la reunión familiar de agosto. Cuatro meses antes de esto.

—¿Hablaron en esa reunión?

—Lo suficiente como para que los dos dejáramos en claro cuáles eran nuestras posiciones sobre ciertos asuntos relacionados con el patrimonio familiar, y lo insuficiente como para llegar a ningún acuerdo al respecto.

Monreal asintió, sacó una hoja de su carpeta y la deslizó sobre la mesa hacia Rodrigo con un gesto pausado y deliberado, como quien entrega algo que sabe que va a producir un efecto y quiere observar ese efecto sin prisa.

—¿Reconoce esta carta?

Rodrigo la miró. Era la carta que había enviado al abogado de la familia en 2019, la que Arcelia había encontrado en el archivo histórico dos días antes, escrita con esa mezcla característica de lenguaje jurídico y furia personal que producen los hombres instruidos cuando pierden el control de sus emociones pero no quieren admitirlo del todo. La leyó sin prisa, no porque necesitara tiempo para reconocerla —era evidente que la reconocía— sino porque necesitaba tiempo para decidir exactamente cómo reaccionar ante el hecho de que estuviera sobre esa mesa.

—La reconozco —dijo al fin—. La escribí hace cuatro años, cuando mi tía tomó la decisión de ceder la propiedad de Béjar a una fundación cultural sin consultar a nadie que también tuviera un vínculo legítimo con esa propiedad. Era mi derecho expresar mi inconformidad por escrito.

—Por supuesto que lo era —dijo Monreal—. Me interesa particularmente la frase del final, si me permite. Donde usted escribe que si las cosas continúan

por ese camino, tarde o temprano las consecuencias recaerán sobre todos, incluida ella misma.

—Era una advertencia de carácter jurídico, redactada en el contexto de una consulta con el abogado sobre la posibilidad de impugnar la cesión de la propiedad.

—¿Y llegó a impugnarla?

—No llegué a hacerlo, porque el abogado me explicó que no había base legal suficiente para sostener esa impugnación.

—¿Y aceptó esa conclusión sin más?

Rodrigo miró a Monreal con esa expresión que tienen los hombres a quienes se les acaba de hacer la pregunta que menos quieren contestar en ese momento, una expresión que es mitad irritación y mitad cálculo, y en la que resulta difícil determinar cuál de las dos mitades pesa más.

—¿Está insinuando que no la acepté y que cuatro años después decidí resolver el asunto de otra manera? —dijo, con una voz que había subido ligeramente de temperatura sin llegar todavía a la confrontación abierta—. Porque si eso es lo que está insinuando, le diré que es una teoría que me parece no solamente ofensiva sino también completamente ridícula.

—No insinúo nada, señor Guzmán. Hago preguntas. Es mi trabajo y me pagan para hacerlo.

—Pues su trabajo me parece bastante sesgado para ser objetivo.

—Puede parecerle lo que quiera. ¿Sabe usted si su tía había visitado a algún notario recientemente, en los días anteriores a la velada del sábado?

La pregunta llegó con una naturalidad tan calculada que Rodrigo tardó un momento en reaccionar, como si su cerebro necesitara un instante para procesar el cambio de dirección.

—No —dijo—. No tenía ninguna razón para saberlo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Rutina —dijo Monreal, cerrando la carpeta con la misma parsimonia con que la había abierto.

Cuando Rodrigo salió del despacho, con esa rigidez en la espalda de quien se ha contenido más de lo que le resultaba natural durante una hora larga, Monreal y Arcelia se quedaron solos en la sala. El polvo en suspensión seguía flotando en el haz de luz de la ventana con una lentitud que parecía indiferente a todo lo que había ocurrido en esa habitación.

—¿Qué piensa? —dijo Monreal.

—Que tiene un carácter que lo perjudica considerablemente —dijo Arcelia—, porque hace que parezca culpable de todo en términos generales, lo cual complica enormemente la tarea de determinar si es culpable de esto en particular. Un hombre de impulsos no planea un crimen con esa precisión milimétrica que encontramos en la sala. No deja el espacio sin el menor desorden. No ejecuta tres heridas idénticas sin una sola vacilación visible. Eso

requiere un tipo de control interno que Rodrigo Guzmán, por todo lo que hemos visto de él, no parece poseer ni por asomo.

Monreal la escuchó sin interrumpirla, que era ya una forma de respeto que Arcelia había aprendido a valorar en él.

—Siga con el archivo —dijo—. Y si encuentra algo concreto y verificable, me lo dice antes de actuar sobre ello.

Era una concesión pequeña, pero era una concesión, y Arcelia la tomó como lo que era sin hacer ningún comentario al respecto.

El agente Ferrera localizó a Javier Menéndez en Madrid esa misma tarde, sin mayor dificultad. El hombre confirmó la llamada sin dudar ni un instante: había durado dieciocho minutos exactamente según el registro de su teléfono, había comenzado a las once y dieciséis de la noche del sábado, y habían hablado de una deuda entre amigos que llevaban meses intentando resolver sin llegar a ningún acuerdo satisfactorio para los dos. Su tono era el de alguien que dice la verdad sin esfuerzo porque la verdad no le cuesta absolutamente nada.

Lo cual dejaba a Rodrigo sin coartada para el intervalo entre las once y las once y dieciséis de la noche: dieciséis minutos que Monreal consideraba suficientes para lo que había ocurrido en la sala principal de la torre y que Arcelia consideraba insuficientes para explicar la precisión y el método de lo que había ocurrido en esa misma sala.

El inspector jefe Bermúdez llegó a las seis de la tarde con el informe completo del forense Barroso, que precisaba la hora de la muerte entre las once cuarenta y cinco y la una de la madrugada, y describía las heridas como producidas por un instrumento de hoja entre nueve y once centímetros de longitud, filo de un solo lado, consistent con un cuchillo de monte o un instrumento similar de uso cotidiano que no había sido encontrado en ningún registro del castillo ni sus alrededores.

—El intervalo de la muerte coincide con los minutos sin coartada del sobrino —dijo Bermúdez, mirando a Monreal.

—Coincide con una parte del intervalo —dijo Arcelia, desde el fondo de la sala. Bermúdez la miró con la expresión de quien no estaba esperando que nadie más interviniera en esa conversación.

—¿Perdón?

—La muerte ocurrió entre las once cuarenta y cinco y la una de la madrugada. Los minutos sin coartada de Rodrigo Guzmán terminaron a las once dieciséis, cuando comenzó la llamada a Madrid, que duró dieciocho minutos y lo sitúa hablando por teléfono hasta las once treinta y cuatro aproximadamente. El forense establece que la muerte pudo ocurrir hasta la una de la madrugada. Hay un intervalo de casi una hora y media dentro del cual cualquier otro asistente a la velada habría tenido la misma oportunidad.

Bermúdez miró a Monreal durante un momento que tenía algo de territorial.

—Lo tendremos en cuenta —dijo, con una firmeza que quería decir exactamente lo contrario, y continuó con el siguiente punto del informe sin darle más tiempo a nadie.

Esa noche, de regreso a su apartamento en Salamanca, Arcelia se sentó a la mesa de la cocina con su libreta abierta y una taza de té que fue enfriándose despacio mientras ella dibujaba un esquema de los nueve asistentes a la velada, con flechas que conectaban sus relaciones entre sí y notas al margen sobre lo que sabía y lo que todavía no sabía de cada uno de ellos.

Al lado del nombre de Rodrigo escribió: carácter difícil + móvil documentado + coartada débil = sospechoso perfecto. Y luego, debajo, con una letra más pequeña y más apretada, como si no quisiera que nadie más pudiera leerlo aunque estuviera completamente sola en su cocina: demasiado perfecto para ser verdad.

Porque eso era exactamente lo que la incomodaba de toda la construcción que el equipo estaba levantando alrededor de Rodrigo Guzmán con una velocidad y una convicción que le parecían prematuras. Todo encajaba con una facilidad excesiva, con una coherencia demasiado limpia para ser el resultado del azar. El hombre tenía el carácter adecuado, el resentimiento perfectamente documentado en papel y con fecha, los minutos sin testigos en el intervalo preciso. Era exactamente el sospechoso que cualquier investigación convencional habría producido sin necesidad de esfuerzo adicional.

Y quien había planeado ese crimen con la precisión que mostraba la escena, con la eficiencia metódica de las tres heridas idénticas y el espacio sin el menor desorden, había planeado también, con toda probabilidad, que hubiera un sospechoso disponible y conveniente. Rodrigo Guzmán, con todo lo que lo hacía difícil y todo lo que lo hacía visible, era el sospechoso más disponible y más conveniente de toda la sala.

Arcelia cerró la libreta, apagó la luz de la cocina, y se quedó un momento en la oscuridad antes de levantarse.

La respuesta a las preguntas que todavía no tenía estaba distribuida entre los documentos del archivo histórico de la familia, en lo que los asistentes a la velada habían dicho y en lo que habían callado con igual deliberación, y en la notaría de la calle Zamora, donde un documento firmado tres días antes de la muerte de doña Cayetana seguía esperando pacientemente que alguien que supiera exactamente qué buscar fuera a leerlo.

Mañana, se dijo. Mañana todo aquello empezaría a tomar la forma que necesitaba tener.

CAPÍTULO 6

La gota

Torre del Homenaje. Jueves

Arcelia pidió permiso para volver a la sala del crimen el jueves por la mañana con un pretexto que era técnicamente verdad aunque no era la razón real: necesitaba verificar unas medidas del espacio para completar el informe de contexto histórico que le habían encargado como tarea periférica mientras el equipo principal avanzaba en la dirección del collar y de Rodrigo Guzmán. Monreal le dio el permiso sin preguntar demasiado, lo cual Arcelia interpretó como una señal de que el teniente tenía suficientes cosas en las que pensar esa mañana como para añadir una más.

Llegó al castillo a las nueve y cuarto, cuando la luz de noviembre todavía tenía esa cualidad baja y oblicua que hace que las sombras sean largas y los colores más intensos de lo que serán al mediodía. El agente que custodiaba la sala la saludó con un gesto, revisó su acreditación con la rutina de quien ha hecho ese gesto demasiadas veces esa semana, y le abrió la puerta sin más ceremonia.

Arcelia entró sola.

La sala de la torre llevaba cuatro días acordonada y ese tiempo había producido en ella una cualidad particular de silencio que no era la ausencia de ruido sino algo más denso que eso: el silencio de los espacios que han sido testigos de algo y que todavía no han tenido oportunidad de procesarlo del todo. Los focos de la exposición habían sido apagados finalmente, y la luz que entraba por las ventanas era la única iluminación disponible, lo cual transformaba la sala en un espacio de contrastes marcados donde las zonas de luz eran muy claras y las zonas de sombra eran muy oscuras, sin los grises intermedios que producía la iluminación artificial.

Las piezas de arte seguían en sus pedestales, protegidas por el cordón de la investigación. El pedestal de madera oscura donde había descansado el busto del Gran Duque estaba vacío: la escultura había sido trasladada al depósito judicial como evidencia potencial, aunque nadie del equipo había explicado todavía exactamente de qué era evidencia. Era un trámite de protocolo, había dicho Monreal, que en su boca sonaba a manera de despejar el escenario de elementos que complicaban la narrativa sencilla del robo.

Arcelia caminó despacio desde el umbral hacia el interior, sin apresurarse, con ese ritmo suyo que no seguía el recorrido natural que la vista toma en un espacio conocido sino el de alguien que está releendo algo que ya ha leído antes y que esta vez quiere leer de otra manera, prestando atención a las partes que la primera lectura pasó por alto.

Se detuvo en el centro geométrico de la sala y giró despacio sobre sí misma, mirando las paredes, las ventanas, la distribución de los pedestales, la manera en que la luz de la mañana creaba zonas de iluminación completamente distintas a las que habían producido los focos de la exposición. Era otro espacio, en cierta medida. La misma sala, la misma piedra, las mismas losas en el suelo, pero con una luz diferente que revelaba ángulos y superficies que la noche del crimen habían estado en sombra, y que ponía en sombra otras que esa noche habían estado iluminadas.

Caminó hacia la zona norte, se detuvo junto a la ventana que daba al foso seco, y desde ahí miró hacia el pedestal vacío. La visión directa era perfecta, exactamente como había calculado el primer día. Desde ese rincón en sombra, con los focos encendidos tal y como habían estado la noche de la velada, alguien habría podido observar el pedestal durante todo el tiempo que necesitara sin que nadie pudiera verlo desde el centro de la sala.

Dejó ese rincón y caminó hacia el pedestal.

Se detuvo frente a él y lo estudió durante un momento. Era una pieza de madera maciza de roble oscuro, de aproximadamente un metro veinte de altura, con una plataforma superior de unos cuarenta centímetros de diámetro donde había descansado el busto. Las superficies laterales tenían un acabado liso que el uso de los años había convertido en una pátina suave y irregular, más oscura en los puntos de mayor contacto. Nada que no hubiera visto ya el primer día.

Entonces alzó la vista hacia donde había estado la escultura.

El busto ya no estaba ahí, pero Arcelia lo recordaba con esa precisión fotográfica que tenía para los espacios y los objetos dentro de ellos: la expresión severa del Gran Duque, la línea de la mandíbula, la profundidad tallada de los ojos que la luz de los focos convertía en algo casi incómodo. Había algo en esa mirada que el primer día le había retenido la atención un segundo más de lo habitual, una incomodidad sin nombre que había registrado y guardado sin saber todavía qué hacer con ella.

Fue entonces cuando se le ocurrió pedir el busto.

Llamó al agente de la puerta.

—El busto del Gran Duque —dijo—. ¿Está en el depósito judicial de aquí o lo trasladaron a Salamanca?

—Aquí todavía —dijo el agente—. En el almacén del castillo. ¿Lo necesita?

—Si puede traérmelo, sí.

El agente tardó quince minutos en volver con dos colegas y el busto en una carretilla, que era la manera más práctica de mover una escultura de mármol de considerable peso sin arriesgarse a dañarla. Lo depositaron en el centro de la sala con más cuidado del que probablemente habrían tenido con cualquier otra evidencia, porque el mármol de Carrara y cuatro siglos de historia generan un respeto involuntario incluso en los agentes de custodia.

Arcelia los despidió con un gesto de agradecimiento y se quedó sola frente al busto.

Fernando Álvarez de Toledo la miró desde su altura habitual con la misma severidad de siempre, ligeramente más perturbadora ahora que estaba en el suelo de la sala en lugar de en su pedestal, a la altura de los ojos de Arcelia en lugar de por encima de ellos. Era una perspectiva diferente. Una perspectiva desde la que los detalles de la escultura que normalmente quedaban en la parte superior, los que se veían desde abajo hacia arriba con

el esfuerzo de quien mira algo que está más alto que él, estaban ahora al alcance directo de la vista.

Arcelia se acercó. Estudió el rostro de mármol con la misma atención que había puesto en estudiar el espacio de la sala durante los últimos cuatro días, buscando no lo que estaba sino lo que no debería estar, buscando la anomalía que no correspondía a la textura natural del mármol, a su desgaste, a sus imperfecciones de siglos.

Lo encontró cuando cambió ligeramente el ángulo de su cabeza respecto a la luz que entraba por la ventana norte.

En la cavidad del ojo derecho, en esa concavidad de mármol que el escultor había trabajado con punta fina para darle al Gran Duque la apariencia de una mirada real, había una irregularidad mínima en la superficie de la piedra: una alteración del color tan sutil que en otra luz, con otro ángulo, habría sido invisible, y que incluso con esa luz y ese ángulo requería saber qué se estaba buscando para poder verla.

Una mancha oscura y seca. Pequeña como un punto al final de una oración. Perfectamente quieta.

Arcelia se quedó inmóvil durante un momento que no supo medir. Luego sacó su teléfono y fotografió el ojo del busto desde tres ángulos distintos, con y sin flash, asegurándose de que la mancha fuera visible en al menos dos de las imágenes. Luego se incorporó, salió de la sala, saludó al agente con un gesto que no revelaba nada en particular, y caminó hasta su coche aparcado en el exterior del castillo.

Se sentó. Cerró la puerta. Se quedó mirando el parabrisas durante varios minutos sin encender el motor.

Lo que había visto podía ser muchas cosas. Una imperfección natural del mármol que el tiempo había oscurecido. Una mancha de grasa o de cera de alguna de las velas de la exposición. Algo que llevaba en esa superficie cuatro siglos y que ella había visto por primera vez esa mañana simplemente porque había cambiado el ángulo.

Pero también podía ser sangre.

Y si era sangre, no era la sangre de doña Cayetana, que había muerto al pie del pedestal y cuyo cuerpo nunca había estado en contacto con el busto. Era la sangre de alguien más. Alguien que había estado suficientemente cerca de esa escultura esa noche como para dejar en ella esa marca mínima e involuntaria.

Arcelia sacó su teléfono y buscó en la agenda un número que había guardado dos años atrás y que no había usado desde entonces: el de Tomás Errasti, técnico del laboratorio de criminalística de la comandancia de Salamanca, con quien había tomado un café en tres ocasiones después de un caso en el que los dos habían trabajado y a quien le debía un favor que él nunca le había cobrado, lo cual significaba que ella le debía un favor que podía cobrar ahora.

Marcó. Tomás respondió al tercer tono.

—Tomás. Soy Arcelia Domínguez.

—Arcelia. Cuánto tiempo. ¿Qué necesitas?

—Necesito un análisis discreto. Muy discreto. Sin que pase por los canales habituales todavía.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Qué tipo de análisis?

—Una muestra de una superficie de mármol. Posiblemente orgánica. Quiero saber si es sangre y si es así de quién.

—¿Esto es del caso del castillo?

—Sí.

—¿Lo sabe Monreal?

—Todavía no. Por eso necesito que sea discreto. Si no es nada, no hay nada que decir. Si es algo, se lo digo a Monreal antes de que llegue el resultado oficial.

Otra pausa, más larga esta vez.

—Tráeme la muestra esta tarde —dijo Tomás al fin—. Y Arcelia... si esto resulta ser algo importante, me lo debes en grande.

—Ya te lo debía en grande —dijo Arcelia—. Esto hace que te lo deba todavía más.

Colgó. Encendió el motor. Miró por el retrovisor el castillo de Alba de Tormes con sus muros de piedra caliza y su torre que llevaba cinco siglos en pie, indiferente a todo lo que ocurría dentro y fuera de ella con esa impasibilidad de las cosas que han durado más que cualquiera de las personas que las han habitado.

Luego miró hacia adelante y salió del aparcamiento.

Tenía que volver al castillo con el equipo de recolección de muestras antes de que la luz cambiara demasiado. Y tenía que hacerlo de una manera que no llamara la atención de nadie que luego pudiera preguntarle qué había recogido y por qué.

Porque si aquella mancha era lo que ella creía que era, todo lo que el equipo había construido alrededor de Rodrigo Guzmán iba a derrumbarse con la misma rapidez con que se había levantado, y en su lugar iba a aparecer algo mucho más complicado, mucho más incómodo, y mucho más cerca del corazón de aquella familia que llevaba siglos resolviendo sus problemas en silencio y en privado.

CAPÍTULO 7

Sangre que no es de la víctima

Laboratorio forense y dependencias policiales de Salamanca. Viernes y sábado

Tomás Errasti llamó el viernes por la tarde, cuando Arcelia estaba en su despacho revisando por tercera vez las declaraciones de los asistentes a la velada con ese método suyo de leer los mismos documentos buscando cada vez algo diferente, convencida de que los textos no cambian pero la mirada sí y que lo que no se ve en la primera lectura puede aparecer en la cuarta si uno sabe qué está buscando.

—Arcelia —dijo Tomás, sin preámbulo—. La muestra que me trajiste.

—Dime.

—Es sangre humana. Sin ninguna duda.

Arcelia dejó los papeles sobre la mesa con una lentitud que no correspondía a la velocidad con que su cabeza estaba procesando lo que acababa de escuchar.

—¿Puedes decirme el grupo sanguíneo?

—Ya te lo diría si pudiera, pero la muestra es demasiado pequeña y demasiado degradada para eso. Lo que sí puedo darte es el perfil de ADN, que es más informativo de todas formas. Y hay algo más.

—¿Qué?

—El perfil no coincide con la víctima. Tengo el ADN de doña Cayetana Guzmán de la Cruz del análisis forense oficial. La sangre del busto no es suya.

Arcelia no dijo nada durante un momento. A través de la ventana de su despacho, el cielo de Salamanca de esa tarde de viernes tenía ese color particular del otoño castellano en las horas previas al anochecer: un azul que se iba volviendo más denso y más oscuro desde el horizonte hacia el cenit, como si el cielo estuviera haciéndose más profundo en lugar de más oscuro.

—¿Cuándo tienes el informe completo? —dijo al fin.

—Mañana por la mañana. Y Arcelia, esto tiene que pasar por los canales oficiales ahora. Ya no puedo mantenerlo fuera de registro.

—Lo sé. Gracias, Tomás.

—Me lo debes en grande.

—Ya lo sé también.

Colgó. Se quedó mirando el teléfono durante un momento, luego lo dejó boca abajo sobre la mesa, se levantó, y fue a buscar a Monreal.

Lo encontró en la sala de reuniones con Ferrera y otros dos agentes, revisando las imágenes del circuito de cámaras del castillo que, para lo que todos esperaban que revelaran, resultaban decepcionantemente poco informativas: los ángulos de las cámaras cubrían las entradas exteriores y el pasillo principal, pero no el interior de la sala grande, que era exactamente donde había ocurrido todo lo importante.

—Teniente —dijo Arcelia desde la puerta—. Necesito hablar con usted.

Monreal la miró. Algo en su tono lo hizo apartar la vista de las pantallas con más rapidez de la habitual.

—Ferrera, dejadnos un momento.

Los agentes salieron. Monreal esperó a que la puerta se cerrara y luego miró a Arcelia con esa atención suya que era más efectiva precisamente porque no se acompañaba de ningún gesto adicional.

—¿Qué encontró?

Arcelia le contó todo. La vuelta a la sala el jueves por la mañana, el busto trasladado al suelo para verlo a la altura de los ojos, la mancha en el ojo derecho que el cambio de ángulo de la luz había revelado, las fotografías, la llamada a Tomás Errasti, la muestra recogida fuera de los canales oficiales. Lo contó sin omitir nada y sin intentar suavizar ninguna de las decisiones que había tomado sin autorización, porque sabía que Monreal prefería la honestidad incómoda a la versión conveniente, y porque si lo que Tomás le había dicho era tan importante como ella creía que era, necesitaba que el teniente estuviera completamente informado desde el principio.

Cuando terminó, Monreal guardó silencio durante un momento que fue suficientemente largo para que Arcelia tuviera tiempo de preguntarse si había calculado mal la tolerancia del teniente hacia la iniciativa no autorizada.

—La sangre no es de la víctima —dijo Monreal al fin, no como pregunta sino como si estuviera terminando de procesar la información en voz alta.

—No. El perfil de ADN es diferente.

—Lo cual significa que alguien más resultó herido esa noche en esa sala.

—O cerca de ella. La gota estaba en el ojo del busto, que estaba en el pedestal, que estaba en el centro de la sala. Para dejar esa marca ahí, alguien tuvo que estar a menos de un metro de la escultura en el momento en que sangró.

Monreal se levantó y caminó hasta la ventana de la sala de reuniones, que daba al mismo patio interior de siempre con el mismo furgón aparcado en el mismo lugar. Lo miró durante un momento con las manos en los bolsillos y esa expresión de hombre que está reorganizando mentalmente un edificio que pensaba que conocía bien y que resulta tener más habitaciones de las que había calculado.

—Esto destruye la hipótesis del robo —dijo.

—Complica la hipótesis del robo —dijo Arcelia, con la precisión que le parecía importante mantener—. Un ladrón que resulta herido durante el acto no es imposible. Pero un ladrón que resulta herido en el ojo de una escultura de mármol que está a un metro del cuerpo sin que haya ningún otro rastro de violencia en ese espacio es mucho más difícil de explicar.

Monreal asintió despacio.

—¿Qué necesita para el informe oficial?

—Que Tomás Errasti lo procese como evidencia del caso a partir de mañana. Ya tiene el perfil de ADN. Necesitamos cruzarlo con los perfiles de todos los asistentes a la velada.

—Lo cual requiere muestras de todos ellos.

—O de alguien que tenga razón suficiente para dárnosla voluntariamente —dijo Arcelia.

Monreal la miró.

—¿Tiene alguna preferencia sobre por dónde empezar?

—Tengo una hipótesis —dijo Arcelia—. Pero prefiero que el ADN la confirme antes de decírsela, porque si la digo primero y el ADN no coincide, habré complicado una investigación ya de por sí complicada.

Monreal asintió de nuevo, con esa parsimonia que Arcelia había aprendido a interpretar como una forma de respeto más genuina que muchos de los gestos más explícitos que sus colegas de mayor rango le dispensaban.

—Bien —dijo—. El lunes hablo con Bermúdez y solicitamos las muestras de forma oficial.

—¿Le dirá por qué las necesitamos?

Monreal la miró con algo que en él era lo más cercano a una sonrisa.

—Le diré que la investigación ha producido nueva evidencia que requiere verificación. Que es la verdad, aunque no toda la verdad.

El sábado por la mañana, el informe oficial de Tomás Errasti llegó a la comandancia de Salamanca por los canales correspondientes, con todos los sellos y referencias que lo convertían en evidencia admisible. El perfil de ADN de la muestra recogida en el ojo derecho del busto de Fernando Álvarez de Toledo no coincidía con el perfil de la víctima. Era el perfil de otra persona, una persona que había estado en contacto físico cercano con esa escultura en el intervalo de tiempo en que había ocurrido el crimen, una persona que había sangrado, aunque fuera mínimamente, y que no había sido identificada en la escena porque nadie había buscado lo que nadie pensaba que estaba ahí.

Bermúdez leyó el informe en silencio durante varios minutos. Luego miró a Monreal con esa expresión suya de ligera impaciencia que en esta ocasión tenía una capa adicional de algo que se parecía a la irritación de quien ha invertido tiempo y energía en una dirección y descubre que la dirección necesita ser reconsiderada.

—¿Cómo llegó esta muestra al laboratorio fuera de los canales habituales? —dijo.

—La inspectora Domínguez identificó la anomalía en una revisión de rutina del escenario del crimen y tomó la iniciativa de enviarla a análisis de manera expedita —dijo Monreal, con una neutralidad que no aprobaba ni desaprobaba nada explícitamente—. Los resultados justifican el procedimiento.

Bermúdez miró a Arcelia durante un momento que tenía algo de evaluación y algo de resignación.

—La próxima vez —dijo— los procedimientos se siguen desde el principio.

—Entendido —dijo Arcelia.

—Bien. —Bermúdez volvió al informe—. ¿Qué proponen ahora?

—Solicitar muestras de ADN de todos los asistentes a la velada —dijo Monreal—. De manera voluntaria en primera instancia, con orden judicial si alguno se niega.

—¿Tienen algún indicio de a quién pertenece la sangre?

—Tenemos una hipótesis —dijo Monreal.

—¿Cuál?

—Prefiero que la confirme el ADN antes de ponerla sobre la mesa oficialmente.

Bermúdez los miró a los dos durante un momento que fue suficientemente largo para que Arcelia tuviera tiempo de calibrar si el inspector jefe iba a insistir o iba a dejar pasar.

Dejó pasar.

—Procedan —dijo, y salió de la sala con esa eficiencia de quien tiene demasiadas cosas que hacer para quedarse más tiempo en ninguna de ellas.

Cuando se fue, Monreal se volvió hacia Arcelia.

—¿Quién es? —dijo.

Y esta vez sí era una pregunta, directa y sin rodeos, porque el momento de esperar al ADN había pasado y el teniente necesitaba saber en qué dirección iba a moverse la investigación a partir del lunes.

Arcelia pensó durante un momento en la carta sin fecha que había encontrado en el archivo, escrita con esa letra apretada y regular que reconocería en cualquier lugar. Pensó en los veinte años de administración silenciosa, en la promesa que no se había puesto por escrito, en el notario de la calle Zamora. Pensó en la manera en que Blanca Guzmán de la Cruz había elegido sentarse en el salón de recepción el domingo anterior, cerca de don Evaristo pero sin mirarlo, con los nudillos tensos y los ojos enrojecidos del llanto contenido y esa compostura de quien ha practicado durante toda su vida la postura correcta para las situaciones incorrectas.

—Blanca Guzmán de la Cruz —dijo.

Monreal no respondió de inmediato. Miró el informe sobre la mesa durante un momento, como si necesitara que el papel confirmara algo que sus propios pensamientos todavía estaban procesando.

—La sobrina —dijo al fin.

—La sobrina —confirmó Arcelia—. La que más llora. La que lleva veinte años siendo la sombra eficiente de su tía. La que le pidió por escrito que pusiera en papel lo que durante dos décadas había sido solo una promesa. —Hizo una pausa—. Y la que su tía fue a ver a un notario tres días antes de morir, aunque todavía no sabemos qué fue a firmar.

—Eso lo averiguamos el lunes —dijo Monreal.

—Sí —dijo Arcelia—. El lunes averiguamos eso.

Salió de la sala de reuniones, recogió su chaqueta del respaldo de su silla, y bajó al aparcamiento. Fuera había oscurecido ya y el frío de noviembre en Salamanca era el frío de las ciudades de piedra cuando la noche llega antes de que uno esté preparado para recibirla. Caminó hasta su coche con las manos en los bolsillos y esa sensación particular que producen las investigaciones cuando empiezan a abrirse en la dirección correcta después de varios días de avanzar en la dirección equivocada: no era satisfacción exactamente, porque lo que se abría delante de ella era todavía una hipótesis sin confirmar y el camino hasta la prueba definitiva podía ser largo y complicado. Era algo más parecido a la certeza de que el terreno bajo sus pies era finalmente más sólido de lo que había sido hasta ahora.

Faltaba todavía mucho. Pero por primera vez desde el domingo por la mañana en que Andrés Quilez había abierto esa puerta y encontrado lo que no debería haber encontrado, sabía en qué dirección estaba mirando.

CAPÍTULO 8

Los secretos de don Evaristo

Salamanca. Lunes de la semana siguiente

La galería de arte de don Evaristo Montalbán Cienfuegos estaba ubicada en la calle Meléndez, a dos manzanas de la Plaza Mayor, en un local de planta baja que por fuera tenía la discreción de quien no necesita anunciarse porque sus clientes ya saben dónde encontrarlo, y por dentro revelaba, a quien tuviera la ocasión de entrar, una acumulación de piezas, marcos, esculturas y objetos decorativos dispuestos con ese aparente desorden que en realidad es el resultado de décadas de ojo entrenado: cada cosa en el lugar exacto donde produce el efecto más favorable sobre quien la mira sin saber que la está siendo seducido.

Arcelia llegó a las diez de la mañana, cuando don Evaristo acababa de abrir y todavía tenía en la mano la taza de café con la que había comenzado su jornada, una taza de porcelana fina con el borde dorado que era en sí misma una declaración estética sobre el tipo de hombre que era su propietario. La recibió con la cortesía automática de quien está acostumbrado a que entren desconocidos a su establecimiento y que ha aprendido a calibrar en los primeros treinta segundos si quien entra va a comprar algo, va a mirar, o viene a hablar de otra cosa.

—Inspectora Domínguez —dijo, con esa voz grave y modulada que en la reunión del domingo había sonado levemente encogida y que esa mañana, en su territorio, había recuperado parte de su amplitud natural—. No esperaba su visita.

—Espero no interrumpir —dijo Arcelia, mirando alrededor con esa atención suya que nunca era turística sino siempre analítica, registrando la disposición de las piezas, los espacios entre ellas, la iluminación que don Evaristo había

diseñado para hacer que cada objeto pareciera exactamente lo que don Evaristo quería que pareciera.

—En absoluto. Pase, por favor.

La galería tenía tres salas comunicadas entre sí por arcos de piedra que don Evaristo había conservado del edificio original con la sensibilidad de quien entiende que la arquitectura histórica es el mejor marco posible para el arte antiguo. En la primera sala había óleos de los siglos XVII y XVIII, paisajes y retratos de calidad variable pero precio uniformemente elevado. En la segunda, esculturas y objetos decorativos de distintos períodos. En la tercera, que don Evaristo llamaba el gabinete y que estaba separada de las otras dos por una cortina de terciopelo oscuro, había piezas de menor tamaño y mayor valor, aquellas cuya procedencia requería un nivel de discreción que los arcos de piedra y la iluminación de las salas principales no podían proporcionar del todo.

Arcelia había llegado hasta la galería después de dos días de trabajo de archivo que habían producido un perfil de don Evaristo Montalbán considerablemente más complejo que el del anticuario respetable y afligido que había sentado en el salón de recepción del castillo el domingo anterior. Las deudas de juego no aparecían en ningún registro oficial, como era de esperar, pero sí en los márgenes de varias conversaciones que Arcelia había rastreado con paciencia entre los documentos financieros que la comandancia había obtenido: movimientos bancarios que no correspondían a las operaciones declaradas de la galería, transferencias a cuentas cuya titularidad era difícil de rastrear, y una anotación en un libro de contabilidad de 2021 que describía como asesoría externa un pago de cuarenta y dos mil euros a una persona cuyo nombre Arcelia había encontrado posteriormente en el registro de antecedentes policiales por blanqueo de capitales relacionado con el mercado del arte.

Don Evaristo tenía deudas. Don Evaristo necesitaba dinero. Don Evaristo había organizado la velada donde había desaparecido un collar de cuatrocientos mil euros.

Pero don Evaristo también había conocido a doña Cayetana durante cuarenta años, había compartido con ella veladas, viajes, la construcción lenta y paciente de ese mundo de arte y cultura que los dos habitaban con una convicción que no era solo profesional sino genuinamente personal. Y eso era más difícil de encajar en la narrativa del robo planificado que los movimientos bancarios y las deudas de juego.

—Me preguntaba si podría contarme un poco más sobre la velada del sábado —dijo Arcelia, deteniéndose frente a un óleo del siglo XVIII que representaba un paisaje castellano de tonos ocre y marrones que ella encontraba bello con esa belleza sobria de las cosas que no piden que las admiren.

—He contado ya todo lo que recuerdo —dijo don Evaristo, con una amabilidad que era real pero que tenía debajo algo parecido a la cautela.

—Lo sé. Pero a veces los detalles que uno no considera importantes en el momento resultan serlo cuando la investigación avanza. —Arcelia se volvió hacia él—. Por ejemplo: ¿hubo algún momento durante la velada en que doña Cayetana pareciera preocupada o tensa? ¿Alguna conversación que le llamara la atención?

Don Evaristo consideró la pregunta durante un momento que era más largo de lo que requeriría un simple esfuerzo de memoria.

—Cayetana siempre estaba tensa en cierta medida —dijo al fin—. Era una mujer que llevaba el peso de muchas responsabilidades y que no sabía depositarlas en otros aunque quisiera. Pero esa noche había algo diferente, sí. Estaba... concentrada. Como si tuviera algo en la cabeza que no la dejaba estar del todo presente.

—¿Habló con ella sobre eso?

—Intenté preguntarle si estaba bien. Me dijo que sí, que estaba perfectamente, con ese tono suyo que quería decir exactamente lo contrario y que yo conocía desde hacía cuarenta años.

—¿Con quién habló durante la velada? ¿Recuerda alguna conversación que tuviera con alguno de los asistentes?

Don Evaristo caminó despacio hacia la segunda sala, como si necesitara moverse para recordar, y Arcelia lo siguió con la naturalidad de quien sigue la conversación adonde esta quiera ir.

—Habló con todos en algún momento —dijo—. Era una anfitriona atenta, aunque la velada la organizara yo. Esa era su manera: aparecer sin haber organizado nada y que todos sintieran que era su fiesta. —Una pausa—. Habló más tiempo con Blanca que con los demás. Y hubo un momento, cerca de las once, en que las vi en el rincón norte de la sala durante más tiempo del que una conversación ordinaria habría requerido. No pude escuchar lo que decían. Pero el cuerpo de Blanca tenía algo que me inquietó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que estaba demasiado quieta. Blanca cuando está bien se mueve, gesticula, asiente. Esa noche estaba inmóvil. Como alguien que está escuchando algo que preferiría no estar escuchando.

Arcelia anotó eso en su libreta con la misma concentración de siempre, aunque por dentro algo se había afinado varios tonos, como una cuerda de guitarra que se tensa hasta dar exactamente la nota que se buscaba.

—Don Evaristo —dijo, mirándolo directamente—, ¿sabe usted si doña Cayetana había modificado su testamento recientemente?

El anticuario la miró durante un momento en el que Arcelia pudo ver, con la claridad que da la práctica de observar a las personas en sus momentos menos controlados, que la pregunta había llegado a algún lugar sensible que él no esperaba que ella supiera encontrar.

—No tengo por qué saberlo —dijo, con una voz que seguía siendo modulada pero que había perdido un poco de su amplitud natural.

—Pero lo sabe.

Una pausa que fue suficientemente larga para ser una respuesta en sí misma.

—Cayetana me mencionó, en agosto, que estaba pensando en hacer algunos cambios en sus disposiciones testamentarias. No me dio detalles. No era mi asunto.

—¿Le mencionó si esos cambios afectaban a alguna persona en particular?

—Me mencionó que había ciertas promesas que había hecho a lo largo de los años y que no estaba segura de poder cumplir todas de la manera en que las había hecho originalmente. —Don Evaristo miró el óleo del siglo XVIII durante un momento antes de continuar—. Cayetana era una mujer que hacía promesas con la convicción de que podría cumplirlas todas. El problema era que algunas de esas promesas eran incompatibles entre sí, y llegar a esa conclusión a los sesenta y ocho años, después de décadas de haberlas mantenido todas simultáneamente, debía de ser una experiencia muy particular.

Arcelia lo miró durante un momento. Don Evaristo Montalbán era un hombre con deudas de juego y contactos en el mercado negro del arte y razones económicas concretas para haber querido ese collar. Pero también era un hombre que había conocido a doña Cayetana durante cuarenta años y que hablaba de ella con una tristeza que no se actuaba con esa facilidad, una tristeza que tenía la textura específica de quien ha perdido a alguien que le era irremplazable aunque la relación entre los dos no fuera lo que la mayoría de la gente habría llamado amistad.

—¿Tenía usted deudas económicas en el momento de la velada? —dijo Arcelia, con la misma naturalidad con que había hecho todas las preguntas anteriores.

Don Evaristo no reaccionó con indignación. La miró con algo que era más cercano al cansancio.

—Tenía compromisos financieros pendientes —dijo—. Los tengo desde hace dos años. El mercado del arte en este país no es lo que era, y algunas inversiones que parecían sólidas resultaron no serlo.

—¿El collar habría resuelto esos compromisos?

—El collar habría resuelto varios problemas, sí. —Una pausa—. Pero no maté a Cayetana por eso. Y no le robé el collar. Porque además de tener deudas, tenía cuarenta años de amistad con esa mujer, y hay cosas que el dinero no pesa suficiente para destruir.

Arcelia lo miró durante un momento. Luego cerró su libreta y le tendió la mano.

—Gracias por su tiempo, don Evaristo.

El anticuario le estrechó la mano con esa firmeza moderada de los hombres que han aprendido que los apretones de manos dicen cosas sobre quien los da y que prefieren no decir demasiado.

—¿Soy sospechoso? —dijo.

—Todo el mundo lo es hasta que no lo es —dijo Arcelia—. Es la naturaleza de este tipo de trabajo.

Salió a la calle. El sol de Salamanca a esa hora de la mañana era ya lo suficientemente alto para calentar levemente la piedra de los edificios históricos que flanqueaban la calle Meléndez, produciendo ese efecto particular de la ciudad en los días claros de otoño: una calidez que no era del todo verano pero que tampoco era del todo invierno, una temperatura de transición que hacía que la piedra oliera de una manera diferente a como olía cuando hacía frío.

Caminó hacia su coche pensando en promesas incompatibles entre sí. En una mujer de sesenta y ocho años que había hecho demasiadas promesas a lo largo de los años y que había ido a ver a un notario para resolver la incompatibilidad. En una sobrina que llevaba veinte años esperando que esa promesa se convirtiera en algo más sólido que las palabras. Y en la manera en que Blanca había estado inmóvil en el rincón norte de la sala esa noche, escuchando algo que preferiría no estar escuchando.

Don Evaristo tenía sus secretos. Pero los secretos de don Evaristo no eran los que habían producido la gota de sangre en el ojo del Gran Duque.

Eso lo sabía ahora con una claridad que el lunes por la mañana todavía no tenía y que el martes, cuando fuera a la notaría de la calle Zamora, iba a terminar de confirmarse o de desmoronarse por completo.

CAPÍTULO 9

Lo que el padre Celestino no dice

Parroquia de Alba de Tormes. Martes

La parroquia de San Juan Bautista de Alba de Tormes era una iglesia del siglo XVI que había sobrevivido a los franceses, a la desamortización y a tres siglos de restauraciones de calidad variable con la dignidad intacta de las cosas que no dependen de la apariencia para ser lo que son. La fachada de piedra caliza había adquirido con el tiempo esa tonalidad dorada que el sol de la meseta confiere a la piedra vieja cuando la trabaja durante siglos, y el campanario, visible desde varios puntos del pueblo, tenía esa verticalidad serena de los campanarios que han marcado el tiempo de varias generaciones y que no tienen prisa ninguna por dejar de hacerlo.

El padre Celestino Aranda llevaba veintidós años siendo el párroco de esa iglesia y había llegado a esa condición de pertenencia mutua que se establece entre los hombres y los lugares cuando ambos han tenido suficiente tiempo para acostumbrarse el uno al otro: él conocía cada grieta de la piedra y cada corriente de aire que se colaba por las ventanas en los días de tramontana, y

la iglesia, si los edificios fueran capaces de tal cosa, parecía haberlo incorporado como parte de su propio mobiliario, como la pila bautismal o el altar mayor o el confesionario de madera oscura que estaba en el lateral derecho de la nave y desde el que el padre Celestino había escuchado, durante veintidós años, todo lo que los habitantes de Alba de Tormes habían considerado necesario decirle a Dios a través de su intermediario.

Arcelia lo encontró en la sacristía, ordenando los ornamentos litúrgicos con esa metodicidad de quien tiene un sistema que los demás no siempre entienden pero que a él le funciona perfectamente. Era un martes por la mañana y la iglesia estaba vacía salvo por una mujer mayor que rezaba en uno de los bancos delanteros con esa concentración absoluta de quien lleva toda la vida practicando la misma oración y que ya no necesita las palabras para llegar a donde quiere llegar.

—Inspectora Domínguez —dijo el padre Celestino, sin alzar la vista del ornamento que estaba doblando—. La estaba esperando.

Arcelia se detuvo en el umbral de la sacristía.

—¿Me estaba esperando?

—Era razonable suponer que vendría. —El sacerdote terminó de doblar el ornamento, lo depositó en su lugar correspondiente, y la miró por primera vez—. Siéntese, por favor. Hay una silla junto a la ventana que es más cómoda que las demás.

La sacristía era una estancia pequeña y ordenada que olía a cera de vela y a ese perfume específico de los espacios religiosos que no es exactamente incienso pero que tampoco es otra cosa. La ventana que el padre Celestino había señalado daba a un jardín interior donde había un naranjo y una higuera y varios arbustos de romero que nadie había podado en mucho tiempo pero que tenían el aspecto de no necesitarlo. Arcelia se sentó. El sacerdote ocupó la silla frente a ella, con la espalda recta y las manos sobre los muslos, en esa postura que tienen los hombres que han pasado décadas sentándose correctamente porque su oficio lo requiere y que ya no pueden sentarse de otra manera aunque quisieran.

—¿Cuánto tiempo llevaba siendo el confesor de doña Cayetana? —dijo Arcelia.

—Treinta y dos años. Desde que llegué a esta parroquia, casi desde el principio.

—¿Era una mujer de fe profunda?

—Era una mujer que necesitaba la fe profundamente, que no es exactamente lo mismo pero que en la práctica produce resultados similares. —El padre Celestino hizo una pausa breve—. Doña Cayetana cargaba con muchas cosas. Las personas que ejercen el poder sobre los demás, aunque sea un poder afectuoso y bien intencionado, acumulan una deuda interior que necesita algún lugar donde depositarse. La confesión le proporcionaba ese lugar.

—¿La vio usted en los días anteriores a la velada del sábado?

—La vi el miércoles. Tres días antes.

—¿Vino a confesarse?

—Vino a hablar. La distinción es importante, inspectora, porque lo que se dice en el confesionario tiene una protección que lo que se dice en una conversación ordinaria no tiene.

—¿Y esa conversación fue en el confesionario o fuera de él?

El padre Celestino sonrió levemente, con esa sonrisa de quien reconoce una pregunta bien formulada y aprecia la precisión que la sostiene.

—Fuera de él —dijo—. Tomamos un café en esta misma sacristía. Como hacíamos con frecuencia desde hacía años.

—¿De qué hablaron?

El sacerdote guardó silencio durante un momento. No era el silencio de quien busca las palabras sino el de quien ya las tiene y está decidiendo cuáles de ellas va a pronunciar y cuáles va a guardar.

—Me habló de una decisión que había tomado —dijo al fin—. Una decisión difícil que había estado posponiendo durante mucho tiempo y que había decidido que ya no podía seguir posponiendo.

—¿Qué tipo de decisión?

—Una decisión relacionada con el futuro de ciertas personas que dependían de ella de maneras que no siempre eran visibles para los demás.

—¿Fue usted testigo de algún documento que firmara en esos días?

La pausa que siguió a esa pregunta fue más larga que las anteriores, y tenía una textura diferente. No era la pausa de quien decide qué decir sino la de quien decide si va a reconocer que sabe algo que la pregunta supone que sabe.

—Fui testigo de la firma de un documento notarial el jueves —dijo el padre Celestino—. Dos días antes de la velada.

—¿En la notaría de la calle Zamora?

—Sí.

—¿Puede decirme qué tipo de documento era?

—Era un testamento. Una modificación del testamento existente.

—¿Puede decirme en qué consistía la modificación?

El padre Celestino juntó las manos sobre el regazo con un gesto que era a la vez de recogimiento y de firmeza, como alguien que está a punto de decir algo que ha pensado mucho y que una vez dicho no puede desdecirse.

—Lo que le diga sobre el contenido de ese documento, inspectora, puede tener consecuencias para personas que todavía están vivas y que están pasando por un momento muy difícil. Necesito saber si esa información va a ser utilizada con la prudencia que merece.

—Va a ser utilizada para encontrar a quien mató a doña Cayetana —dijo Arcelia—. Eso es lo único que puedo garantizarle.

El sacerdote la miró durante un momento con esos ojos pequeños y claros que tenían aquella atención que podía confundirse con benevolencia y que Arcelia había decidido desde el primer día que era algo más complejo que eso.

—La modificación excluía a Blanca Guzmán de la herencia de la casa familiar —dijo al fin—. La casa pasaba a una fundación cultural. Blanca recibía una compensación económica en metálico, digna pero considerablemente inferior a lo que había esperado durante veinte años.

El silencio que siguió en la sacristía tenía la densidad de las cosas importantes cuando finalmente se dicen en voz alta después de haber existido mucho tiempo solo en los pensamientos de quien las sabe.

—¿Blanca lo sabía? —dijo Arcelia.

—Doña Cayetana me dijo que se lo había comunicado esa misma tarde, antes de la velada.

—¿En persona?

—Por teléfono. —El padre Celestino hizo una pausa—. Doña Cayetana no era cobarde en ningún sentido convencional de la palabra. Pero había decisiones que prefería comunicar a distancia.

Arcelia anotó algo en su libreta con una concentración que era visible, del tipo que se produce cuando lo que uno está escribiendo es exactamente lo que necesitaba encontrar y que no se esperaba encontrar tan claramente formulado.

—Padre Celestino —dijo, sin levantar la vista del papel—. En el salón de recepción del castillo el domingo anterior, cuando estaban todos los asistentes a la velada reunidos esperando las entrevistas, usted eligió una silla desde la que podía ver a todos los demás sin que ninguno pudiera verlo a usted directamente sin girarse. ¿Fue consciente de esa elección?

El sacerdote tardó un momento en responder.

—Los confesores desarrollamos el hábito de observar sin ser observados —dijo—. Es una deformación profesional, si quiere llamarlo así.

—¿Y qué observó?

—Observé a Blanca. —Una pausa breve pero significativa—. Observé que cuando se anunció que doña Cayetana había muerto, la primera reacción de Blanca no fue de sorpresa. Fue de algo que se parecía más al alivio, durante un instante muy breve, antes de que el dolor que siguió fuera completamente real y completamente suyo. —El padre Celestino miró hacia la ventana del jardín—. No digo que eso signifique lo que usted probablemente está pensando que significa. El alivio ante la muerte de alguien que nos ha herido profundamente es una respuesta humana completamente comprensible. No es una confesión.

—No —dijo Arcelia—. No lo es.

Cerró la libreta. Se levantó. Miró al padre Celestino durante un momento con algo que no era exactamente gratitud pero que se le parecía: el

reconocimiento de que ese hombre había dicho más de lo que estaba obligado a decir y había elegido decirlo con una honestidad que le había costado algo.

—¿Por qué me lo dijo? —preguntó—. No tenía obligación.

El padre Celestino la miró con esos ojos claros y pequeños que en ese momento tenían algo que no había estado ahí al principio de la conversación: algo parecido al cansancio de quien lleva días cargando con un peso que no le corresponde del todo pero que tampoco puede dejar de cargar.

—Porque Cayetana merecía que alguien buscara la verdad con el mismo cuidado con que ella buscó siempre lo que consideraba correcto —dijo—. Aunque a veces se equivocara sobre lo que eso era.

Arcelia salió de la sacristía, cruzó la nave de la iglesia con esa penumbra fresca de los espacios sagrados que tienen varios siglos de penumbra acumulada, y salió a la calle donde el sol de noviembre la recibió con esa luz horizontal de las mañanas de otoño en Castilla que hace que todo parezca más real y más frágil al mismo tiempo.

Caminó hasta su coche. Se sentó. Abrió la libreta en la última página escrita y miró la palabra que había anotado sola, en letras más grandes que el resto, mientras el padre Celestino le decía que doña Cayetana había comunicado su decisión por teléfono esa misma tarde, antes de la velada.

La palabra era: Blanca.

Y debajo, con letra más pequeña: sabía desde la tarde. Tuvo horas para decidir.

CAPÍTULO 10

La leal

Casa familiar de los Guzmán. Miércoles y jueves

La casa familiar de los Guzmán de la Cruz estaba ubicada en las afueras de Alba de Tormes, en una finca de dos hectáreas que el tiempo y la decadencia gradual del linaje habían ido reduciendo de las doce originales, pero que todavía conservaba la presencia arquitectónica de quien fue construida para impresionar y que había aprendido, con los siglos, a impresionar de una manera más sobria y más duradera que en sus tiempos de esplendor. La fachada de piedra granítica tenía esa severidad que comparten los edificios del siglo XVIII en Castilla cuando los construyeron hombres que consideraban que la ornamentación excesiva era una forma de debilidad: líneas limpias, ventanas proporcionadas, una puerta principal de madera de roble que había sido repuesta en algún momento del siglo XX pero que había sido repuesta con tanto cuidado que era difícil distinguirla del resto del edificio original.

Arcelia llegó el miércoles por la mañana con el pretexto de que necesitaba verificar algunos datos del inventario de piezas de arte que habían estado en la exposición, varias de las cuales pertenecían a la colección familiar y que

todavía no habían sido devueltas a su lugar. Era un pretexto que Blanca Guzmán de la Cruz aceptó con la misma compostura con que había aceptado todo lo demás desde el domingo anterior: con una cortesía que era completamente real y que no excluía la posibilidad de que detrás de ella hubiera otras cosas igualmente reales pero menos visibles.

Blanca la recibió en el vestíbulo, que era una estancia alta y fría donde el sol de noviembre entraba por una ventana lateral con el ángulo insuficiente de la luz de invierno, y la condujo hacia el interior de la casa con esa familiaridad de quien se mueve en un espacio como si cada metro cuadrado de él le perteneciera de manera tan íntima que ya no necesita pensar en cómo moverse dentro de él.

Y era exactamente eso lo que Arcelia observaba mientras la seguía: la manera en que Blanca habitaba esa casa. No como quien cuida algo ajeno, no como quien administra algo que le han encargado, sino como quien se mueve en su propio espacio con la seguridad inconsciente de quien lleva veinte años construyendo una pertenencia que nadie le había puesto por escrito pero que sentía tan real y tan legítima como cualquier título de propiedad.

Tocaba las cosas al pasar: el marco de un cuadro que ajustó levemente con un gesto automático, la lámpara del pasillo cuya posición corrigió sin detenerse, la puerta del salón principal que empujó con el hombro con la precisión de quien sabe exactamente cuánta presión necesita porque la ha empujado miles de veces. Eran gestos pequeños, involuntarios, del tipo que las personas hacen en sus propios espacios y que no hacen en los ajenos, y que decían sobre la relación de Blanca con esa casa todo lo que Blanca no habría dicho en ninguna declaración formal.

—Las piezas que pertenecen a la colección familiar están en el salón del este —dijo Blanca, conduciéndola por un pasillo donde las paredes estaban cubiertas de retratos que Arcelia identificó, por el estilo de la vestimenta, como pertenecientes a distintos momentos entre los siglos XVII y XIX—. Don Evaristo las catalogó antes de la exposición. Tengo la lista si la necesita.

—Sería muy útil, gracias —dijo Arcelia.

El salón del este era una estancia de proporciones generosas con tres ventanas que daban al jardín posterior, donde había un rosal que nadie había podado todavía y una fuente de piedra que llevaba seca varios años a juzgar por el musgo que había crecido en su interior con esa persistencia de las plantas que encuentran agua donde los demás no la ven. Las piezas de la colección estaban distribuidas por las paredes y los pedestales con un orden que era evidente que había sido establecido por alguien con criterio y con tiempo: cada pieza en relación con las que la rodeaban, cada conjunto formando una narrativa visual que no era aleatoria sino construida.

—¿Quién organizó la colección? —dijo Arcelia, mirando alrededor.

—Yo —dijo Blanca, con una simpleza que no era modestia sino constatación—. Durante los últimos doce años he estado reorganizando la colección completa.

Mi tía no tenía interés en ese tipo de trabajo. Ella prefería las personas a los objetos.

—¿Y usted prefiere los objetos?

Blanca la miró con una expresión que tardó un momento en resolverse.

—Prefiero el orden —dijo al fin—. Los objetos, bien organizados, tienen una permanencia que las personas no siempre tienen.

Arcelia anotó eso en su libreta con la misma concentración de siempre, aunque por dentro la frase le había llegado con una resonancia que iba más allá de lo que Blanca probablemente había querido decir, o quizás exactamente tan lejos como lo que había querido decir sin saberlo del todo.

Pasaron la mañana revisando el inventario de piezas, con Blanca identificando cada objeto y Arcelia tomando notas que en su mayor parte no tenían nada que ver con el inventario sino con la manera en que Blanca hablaba de cada pieza: con el posesivo nuestro cuando describía la colección en general, con el mi cuando se refería a las piezas que ella había incorporado o reorganizado, con el de mi tía solo cuando describía las que doña Cayetana había adquirido personalmente y que Blanca no había tocado. Era un sistema de posesivos que describía veinte años de acumulación silenciosa de lo que ella consideraba suyo por derecho de trabajo y de tiempo, aunque ningún papel lo dijera.

Al mediodía Blanca le ofreció café, que Arcelia aceptó porque rechazarlo habría interrumpido una dinámica que le parecía productiva. Se sentaron en la cocina, que era una estancia grande y luminosa que olía a pan y a algo que podría haber sido tomillo o podría haber sido romero, en una mesa de madera con la superficie desgastada por el uso de varias generaciones de personas que habían comido en ella sin preocuparse por conservarla.

—¿Cómo está usted? —dijo Arcelia.

Blanca la miró con una expresión que evaluaba la pregunta, calibrando si era cortesía o si era algo más.

—Estoy gestionando —dijo—. Es lo que sé hacer.

—¿Tiene apoyo? ¿Familia, amigos?

—Tengo a Rodrigo, aunque nuestra relación no ha sido nunca especialmente cercana. Y tengo al padre Celestino, que conocía bien a mi tía y que entiende lo que significa perder a alguien que ha sido el centro de tu vida durante mucho tiempo, aunque esa persona no siempre haya sido fácil.

—¿Su tía no era fácil?

Blanca envolvió la taza de café con las dos manos, con ese gesto de las personas que buscan calor en los objetos cuando el calor que necesitan es de otra naturaleza.

—Mi tía era una mujer extraordinaria que tenía la convicción absoluta de que sabía lo que era mejor para todo el mundo —dijo—. Eso la hacía extraordinaria

y la hacía difícil al mismo tiempo. Yo lo supe desde el principio y decidí que podía vivir con ello. Durante veinte años decidí eso cada día.

—¿Y en los últimos días? ¿Antes de la velada?

Una pausa muy breve, casi imperceptible.

—En los últimos días mi tía tomó una decisión que me afectaba directamente y que me comunicó de una manera que yo no consideré especialmente justa ni especialmente valiente. —Blanca miró la taza—. Pero eso es entre ella y yo, y ya no tiene remedio de ninguna manera.

Arcelia no presionó. Anotó algo en su libreta y cambió el tema hacia los detalles logísticos de la velada del sábado, y Blanca respondió con la misma compostura de siempre, con la misma información que ya había dado en las declaraciones anteriores, sin añadir ni quitar nada que pudiera llamar la atención.

El jueves Arcelia volvió. Esta vez con el pretexto de completar unos datos adicionales del inventario, y esta vez Blanca la recibió con una ligera variación en la cortesía que era difícil de nombrar pero que estaba ahí: algo entre la fatiga y la precaución, como alguien que empieza a preguntarse si las visitas de la inspectora tienen realmente que ver con el inventario.

Trabajaron durante la mañana en el salón del este, con menos conversación que el día anterior. Arcelia observaba a Blanca con la misma atención de siempre, buscando no lo que hacía sino lo que evitaba hacer, no lo que decía sino los espacios donde las palabras se interrumpían antes de llegar a donde podrían haber llegado.

Lo que encontró más significativo no fue ninguna acción ni ninguna palabra sino un objeto: un cuaderno de contabilidad doméstica que Blanca dejó brevemente sobre la mesa del salón cuando fue a buscar otra carpeta, y en cuya cubierta había escrito, con esa letra apretada y regular que Arcelia ya reconocía, una sola palabra que era también un nombre: Casa.

No el nombre de la familia. No el nombre de doña Cayetana. Solo Casa, con mayúscula, como si esa palabra fuera en sí misma suficiente para describir todo lo que ese cuaderno contenía y todo lo que representaba para quien lo había escrito.

Arcelia fotografió la cubierta del cuaderno en el momento en que Blanca estaba de espaldas buscando la carpeta, con esa rapidez silenciosa que había desarrollado en dos años de trabajo de campo y que era uno de los pocos recursos técnicos que había aprendido sin que nadie se los enseñara.

Al salir esa tarde, Arcelia se detuvo un momento en el vestíbulo y miró hacia el interior de la casa: el pasillo con los retratos, la puerta del salón principal con su madera oscura, la lámpara que Blanca había ajustado al pasar el día anterior. Era una casa que alguien había habitado durante veinte años con la convicción de que era suya. Una casa que un documento firmado el jueves anterior a la velada había convertido en propiedad de una fundación cultural.

Blanca lo había sabido desde la tarde del sábado, cuando su tía la llamó por teléfono para comunicarle la decisión antes de la velada.

Había sabido que la promesa de veinte años se había roto. Había tenido horas para procesar esa ruptura. Y esa misma noche había asistido a la velada con la compostura intacta de quien lleva toda la vida aprendiendo a no mostrar lo que siente.

Arcelia salió a la calle y caminó hacia su coche con la certeza creciente de que lo que faltaba ya no era encontrar más piezas sino confirmar la única que todavía podía confirmarse de manera definitiva: que la sangre en el ojo del Gran Duque era de Blanca Guzmán de la Cruz.

El resultado del cruce de ADN llegaría mañana.

CAPÍTULO 11

La copa

Recepción en casa de don Evaristo. Viernes

Don Evaristo Montalbán había organizado la reunión con el mismo instinto que lo llevaba a organizar todas las cosas que organizaba en su vida: sin anunciarla como lo que era, presentándola como algo más pequeño y más informal de lo que resultó ser. La llamó una reunión de amigos, sin más, en el mensaje que envió el miércoles por la tarde a los asistentes a la velada del castillo, y fue suficientemente vago sobre el propósito como para que nadie pudiera negarse sin parecer que tenía razones específicas para evitar encontrarse con los demás.

El piso de don Evaristo estaba en la segunda planta de un edificio del siglo XIX en la calle Prior de Salamanca, tres portales más allá del archivo histórico de la familia Guzmán, lo cual era una coincidencia geográfica que Arcelia registró mentalmente sin darle más importancia de la que merecía. El interior del piso era exactamente lo que uno habría esperado de un anticuario de setenta años con cuarenta de oficio: cada superficie cubierta de objetos que tenían historia propia, cada pared con al menos un cuadro que no estaba ahí por azar, cada mueble elegido con el mismo criterio con que se elige una pieza de arte, es decir, con una combinación de gusto, conocimiento y la satisfacción privada de saber que lo que uno tiene vale más de lo que parece.

Arcelia llegó con Monreal, que había decidido asistir a la reunión en cuanto se enteró de ella, no porque creyera que iba a producir información nueva sino porque prefería estar presente en cualquier reunión de los sospechosos antes que enterarse después de lo que había ocurrido en ella. Era una actitud que Arcelia respetaba aunque no siempre compartiera, porque la presencia de Monreal cambiaba la dinámica de cualquier espacio en que se encontraba: era demasiado reconociblemente policía para que la gente se olvidara de que lo era, lo cual hacía que la gente fuera más cuidadosa y por tanto menos reveladora.

Los asistentes llegaron en el intervalo de veinte minutos que tiene toda reunión donde nadie quiere ser el primero pero tampoco quiere ser el último. Rodrigo Guzmán llegó el tercero, con esa puntualidad de quien ha decidido que aparecer tarde es un lujo que ya no puede permitirse en las circunstancias actuales. Jimena Sorolla llegó la cuarta, con la misma carpeta bajo el brazo que había llevado al castillo el domingo anterior, como si hubiera decidido que la carpeta era ya parte de su indumentaria para cualquier evento relacionado con este asunto. El padre Celestino llegó el quinto, saludó a todos con la misma serenidad de siempre, y eligió, como la primera vez, la posición desde la que podía ver a todos sin ser visto directamente por ninguno.

Blanca llegó la última.

Entró con el mismo vestido oscuro de las ocasiones anteriores, o uno muy parecido, con esa compostura que Arcelia ya conocía bien: la espalda recta, el gesto contenido, los ojos que miraban directamente a quien hablara con ella sin evasión pero también sin la calidez que habrían tenido en otras circunstancias. Saludó a don Evaristo, que la recibió con esa tristeza amable que había tenido con ella desde el domingo, y se integró al grupo con la fluidez de quien lleva toda la vida aprendiendo a integrarse a los grupos sin llamar la atención.

Don Evaristo era un anfitrión de la vieja escuela que consideraba que la hospitalidad era una forma de arte y que la practicaba con la misma dedicación que ponía en todo lo demás: había preparado una mesa con vinos y aperitivos de calidad discreta pero indudable, había distribuido los asientos de manera que las conversaciones se formaran de manera natural, y había calibrado la temperatura del piso con una precisión que hacía que el espacio fuera cómodo sin ser sofocante, lo cual en una tarde de noviembre en Salamanca no era un logro menor.

Arcelia tomó una copa de vino que no bebió y se instaló en un rincón desde el que podía ver a todos los presentes sin tener que rotar demasiado la cabeza, que era su posición favorita en cualquier espacio social y que había aprendido a ocupar con una naturalidad suficiente para que nadie se diera cuenta de que era una posición calculada.

Observó a Blanca durante toda la primera hora de la reunión con esa atención suya que no era la mirada fija que incomoda sino la mirada periférica que registra sin anunciarse. La vio hablar con don Evaristo sobre los trámites de la herencia, que ya habían comenzado y que producían en Blanca ese tipo de tensión específica de quien está gestionando algo que le duele cada vez que lo toca pero que no puede dejar de tocar porque nadie más lo va a gestionar. La vio hablar brevemente con el padre Celestino, que le dijo algo en voz baja que Arcelia no pudo escuchar y que Blanca recibió con un asentimiento que era también, si uno lo miraba con la atención suficiente, una forma de esfuerzo. La vio no hablar con Rodrigo en toda la reunión, que no era casualidad sino la evidencia de que entre los dos había algo que ninguno de los dos quería poner en palabras en ese contexto.

Lo que Arcelia buscaba no era ninguna de esas conversaciones. Lo que buscaba era un momento de descuido, del tipo que tienen las personas cuando están en un entorno social y se relajan lo suficiente para dejar de controlar todos los detalles al mismo tiempo. Ese momento llegó aproximadamente una hora después de que la reunión hubiera comenzado, cuando la conversación había distribuido a los presentes en dos grupos en lados opuestos del salón y Blanca, que había estado de pie durante la mayor parte del tiempo, se acercó a la mesa de aperitivos, tomó una copa de vino, bebió la mitad, y la dejó sobre una mesa lateral para ir a responder una pregunta que le hizo Jimena Sorolla desde el otro lado de la estancia.

La copa quedó sobre la mesa lateral, a un metro aproximadamente de donde estaba Arcelia, con el borde marcado por la media copa que Blanca había bebido y la superficie exterior limpia salvo por las huellas dactilares que cualquier copa de cristal conserva con una fidelidad que no distingue entre lo que uno quiere dejar y lo que no.

Arcelia miró la copa. Luego miró a Blanca, que estaba respondiendo la pregunta de Jimena con esa atención educada que ponía en todas las conversaciones independientemente de lo que estuviera pensando mientras las tenía. Luego miró a Monreal, que estaba en el otro extremo del salón hablando con don Evaristo y que en ese momento tenía la espalda girada hacia ella.

La decisión la tomó en menos de un segundo, que era el tiempo que tenía antes de que alguno de los presentes girara la vista en su dirección y viera lo que estaba a punto de hacer.

Sacó del bolsillo de su chaqueta la bolsa de plástico resellable que llevaba ahí desde que había salido de casa esa tarde, que era el tipo de previsión que Arcelia había aprendido a tener no porque esperara siempre usarla sino porque el día que la necesitara y no la tuviera sería el día que habría perdido algo irrecuperable. Tomó la copa por la base, con el cuidado de quien sabe exactamente qué superficies no debe tocar y por qué, la introdujo en la bolsa, selló la bolsa, y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta con el mismo gesto tranquilo con que habría guardado cualquier otra cosa.

Todo el proceso había durado doce segundos.

Nadie en el salón lo había visto.

Arcelia volvió a su posición junto a la pared, tomó su copa de vino, y bebió un sorbo que era la primera vez que bebía desde que habían llegado. Monreal se giró desde el otro extremo del salón y la miró brevemente, con esa atención de quien no sabe exactamente qué está buscando pero que tiene el hábito de mirar. Arcelia le sostuvo la mirada un momento y luego la desvió hacia Blanca, que había terminado su conversación con Jimena y estaba volviendo hacia la mesa de aperitivos, donde la copa que había dejado ya no estaba.

Blanca la buscó con la vista durante un segundo. Luego tomó otra copa limpia de la bandeja, se sirvió vino, y continuó con la reunión con la misma compostura de siempre.

Ese segundo de búsqueda fue lo único que reveló que había notado la ausencia. Un segundo. Suficiente para quien estaba mirando. Insuficiente para comprometer nada.

La reunión terminó cerca de las ocho de la tarde, con los despedidas que tienen ese tipo de encuentros donde todos saben que la ocasión es incómoda pero nadie quiere ser quien lo diga primero: breves, correctas, con la promesa implícita de que cuando todo aquello terminara las cosas volverían a ser lo que habían sido, aunque todos supieran, con distintos grados de certeza, que eso no era posible.

Arcelia salió con Monreal. Caminaron juntos hasta los coches sin hablar durante el primer tramo, con ese silencio entre colegas que no necesita llenarse porque cada uno está procesando lo que acaba de ocurrir a su propio ritmo.

—¿Encontró algo útil? —dijo Monreal, cuando llegaron a los vehículos.

—Posiblemente —dijo Arcelia.

Monreal la miró durante un momento con esa atención que tenía cuando sabía que había más de lo que le estaban diciendo y que había decidido esperar a que se lo dijeran en lugar de preguntar.

—Bien —dijo, y se subió a su coche.

Arcelia se subió al suyo. En el asiento del copiloto dejó el bolsillo de la chaqueta abierto para que la bolsa de plástico con la copa dentro fuera visible, aunque no hubiera nadie en el coche para verla. Era una manía suya: las cosas importantes merecen estar a la vista aunque solo uno mismo las esté mirando.

Encendió el motor.

Si el ADN de esa copa coincidía con el ADN de la muestra del ojo del Gran Duque, la investigación había terminado en términos de identificación del culpable, aunque todavía le quedara todo el trabajo de demostrarlo de una manera que ningún abogado pudiera dismantelar.

Y si no coincidía, habría terminado su carrera en la Guardia Civil por un instinto equivocado y una copa de cristal que no debería haber tocado.

Salió del aparcamiento y condujo hacia Salamanca con el frío de noviembre entrando por la ventana que había dejado abierta un centímetro, porque necesitaba el aire frío para pensar con la claridad que ese momento requería.

CAPÍTULO 12

La certeza

Salamanca. Sábado y domingo

Los domingos de Arcelia Domínguez Albarieta tenían una estructura que ella misma no había diseñado conscientemente pero que se había ido instalando sola con el tiempo, como se instalan los hábitos que responden a una

necesidad real: se levantaba tarde en comparación con el resto de la semana, preparaba un desayuno que era el único momento de la semana en que cocinaba algo que mereciera ese nombre, y luego se sentaba en la mesa de la cocina con sus notas de cualquier caso que tuviera abierto y las releía desde el principio con la distancia que el fin de semana proporcionaba, buscando lo que la proximidad de los días laborables no siempre dejaba ver.

Ese domingo de noviembre tenía la particularidad de que la distancia no era suficiente para proporcionarle la serenidad que los domingos solían darle, porque lo que esperaba no era una lectura tranquila de sus notas sino una confirmación que podía llegar en cualquier momento de la tarde y que cuando llegara iba a cambiar el curso de todo lo que había ocurrido en los últimos diez días de una manera que todavía no podía calcular del todo.

El apartamento de Arcelia era una planta baja en la calle Pozo Amarillo de Salamanca, pequeño y con las paredes de piedra que tienen los edificios del casco histórico y que en invierno proporcionan un frío húmedo que ningún sistema de calefacción termina de vencer del todo. Lo había elegido por eso, paradójicamente: porque el frío de la piedra la mantenía alerta de una manera que el calor artificial no conseguía. En la mesa de la cocina, que era también su mesa de trabajo porque no tenía despacho separado y no lo necesitaba, había tres tazas de café de distintos momentos de la mañana, un cuaderno abierto por la página donde había escrito el nombre de Blanca con letras más grandes que el resto, y debajo de ese nombre, en letra más pequeña: sabía desde la tarde. Tuvo horas para decidir.

Llevaba tres horas releendo sus notas desde el principio, desde la primera página donde había anotado la fecha y la hora de llegada al castillo el domingo anterior, pasando por cada declaración, cada observación en el espacio, cada detalle de las conversaciones con don Evaristo y con el padre Celestino y con Blanca durante los dos días que había pasado en la casa familiar. Era un ejercicio que sus compañeros habrían considerado obsesivo y que ella consideraba indispensable, porque cada relectura producía al menos una conexión que las anteriores habían pasado por alto, y porque el cerebro humano, cuando está esperando algo, necesita tener algo concreto en qué ocuparse para no empezar a producir sus propias versiones de lo que todavía no ha llegado.

El teléfono sonó a las cuatro y diecisiete de la tarde.

Arcelia lo miró antes de contestar: Tomás Errasti. Respiró una vez, despacio, y contestó.

—Arcelia —dijo Tomás, y en su voz había algo que ella reconoció inmediatamente como el tono específico que tienen las personas cuando están a punto de decir algo que saben que va a cambiar algo en quien lo escucha—. El ADN de la copa que me trajiste el viernes coincide con el ADN de la muestra del ojo del busto.

Arcelia dejó el bolígrafo sobre la mesa. No lo tiró, no lo soltó, lo depositó con una deliberación que era también una manera de ganar un segundo.

—¿Coincidencia exacta?

—Perfecta. Sin margen de error estadístico relevante. He comprobado los resultados tres veces porque sabía que ibas a preguntarme eso. Es la misma persona, Arcelia. La sangre que dejó en el mármol la noche del crimen y el ADN que recogiste de la copa el viernes pasado pertenecen a la misma persona.

—¿Y esa persona es Blanca Guzmán de la Cruz?

—Eso es lo que el cotejo de perfiles dice, sí. El perfil de ADN de la copa coincide con el perfil de la muestra del busto. Si el ADN de la copa es de Blanca Guzmán, y tú me dijiste que la copa era de Blanca Guzmán, entonces la sangre del busto también es de Blanca Guzmán. No puedo decirte nada más allá de lo que los números dicen.

—Los números son suficientes —dijo Arcelia—. ¿Cuándo tienes el informe oficial?

—Mañana por la mañana lo tiene en la comandancia con todos los sellos. Esta vez por los canales correctos desde el principio, porque ya no hay manera de mantenerlo fuera de registro.

—Lo sé. Gracias, Tomás.

—Me lo debes de verdad esta vez.

—Esta vez te lo debo de verdad —dijo Arcelia, y colgó.

Se quedó mirando el teléfono sobre la mesa durante un tiempo que no supo medir pero que fue suficientemente largo para que el café de la taza más reciente pasara de caliente a tibio sin que ella lo notara. Luego se levantó, fue a la ventana que daba a la calle Pozo Amarillo, y miró hacia afuera.

El domingo de noviembre en Salamanca tenía esa tranquilidad particular de los domingos de otoño en las ciudades universitarias cuando los estudiantes han salido de la ciudad para el fin de semana y las calles tienen una amplitud y un silencio que el resto de la semana no tienen. Un hombre paseaba un perro con esa lentitud de quien no tiene prisa y no quiere tenerla. Una mujer mayor cruzaba la calle con una bolsa de la compra que parecía pesar más de lo conveniente para alguien de su edad. Dos chicos en bicicleta pasaron con esa velocidad de quien tiene energía de sobra y no sabe del todo qué hacer con ella.

El mundo seguía siendo el mundo, completamente ajeno a lo que acababa de ocurrir en un apartamento de la planta baja de la calle Pozo Amarillo.

Lo que sentía Arcelia en ese momento era una mezcla que habría sido difícil de describir con precisión. Había satisfacción, sí, del tipo específico que produce encontrar lo que se buscaba después de días de buscar en la dirección correcta mientras los demás buscaban en otra. Pero debajo de la satisfacción, y considerablemente más voluminoso que ella, había algo que se parecía más al peso que a cualquier otra cosa: el peso de lo que venía a continuación, que era más complicado y más largo y más incierto que todo lo que había venido hasta ese momento, y el peso de lo que significaba para

Blanca Guzmán de la Cruz que ese resultado existiera, que ese papel llegara mañana a la comandancia con todos sus sellos, que la cadena de eventos que ese papel iba a poner en movimiento ya no pudiera detenerse.

Arcelia volvió a la mesa. Abrió su libreta en una página en blanco, tomó el bolígrafo, y empezó a escribir no sus notas de investigación sino una reconstrucción de la noche del crimen tal y como la entendía ahora, con toda la información que tenía, como un ejercicio de verificación antes de presentarla oficialmente. Necesitaba verla escrita de manera lineal para identificar los puntos donde la narrativa dependía de suposiciones que el ADN no confirmaba y que un abogado podría cuestionar con fundamento.

Doña Cayetana había llamado a Blanca esa tarde, antes de la velada. Probablemente desde Salamanca, de regreso de la notaría de la calle Zamora donde había firmado la modificación del testamento con el padre Celestino como testigo. La llamada había sido breve, del tipo que hacen las personas que han tomado una decisión difícil y que prefieren comunicarla antes de que el otro la descubra por otras vías, sin dar demasiado espacio para la réplica porque la decisión ya estaba tomada y tomada iba a quedarse. Blanca había escuchado que la casa familiar, la que llevaba veinte años administrando con la convicción de que era tan suya como de cualquiera que llevara el apellido Guzmán, pasaba a una fundación cultural. Que ella recibía una compensación en metálico que doña Cayetana consideraba digna y que Blanca consideraba, con razones que cualquier persona podría entender aunque no todos pudieran aprobar lo que había hecho con ellas, como una forma de pago a veinte años de lealtad que no se medía en dinero.

Blanca había tenido varias horas entre esa llamada y la velada. Horas en que había tomado la decisión de asistir de todas formas, con la compostura intacta que llevaba toda su vida manteniendo en las situaciones que más la costaban, porque no asistir habría sido la primera señal visible de que algo había ocurrido entre ella y su tía, y Blanca no daba señales visibles. No las había dado nunca.

Durante la velada, en el rincón norte de la sala, había tenido la última conversación con doña Cayetana. Don Evaristo la había visto desde lejos sin poder escucharla: las dos figuras demasiado próximas y demasiado tensas para una conversación ordinaria. Doña Cayetana había confirmado lo que ya había dicho por teléfono, con la misma firmeza con que tomaba todas sus decisiones, sin el menor indicio de que fuera a reconsiderarla. Y en algún momento de esa conversación, en algún segundo específico que Arcelia no podría reconstruir nunca con exactitud porque nadie lo había visto, Blanca había tomado la decisión que llevaba tal vez horas tomando sin reconocérsela a sí misma del todo.

Las tres heridas habían sido precisas e idénticas porque Blanca era una mujer de método y de control que no actuaba desde el impulso sino desde la decisión, y que cuando decidía algo lo ejecutaba con la misma eficiencia silenciosa con que había ejecutado veinte años de administración doméstica. La pequeña herida en la mano, producida probablemente en el momento en

que arrancó el collar del cuello de su tía y la cadena le cortó la muñeca con ese filo involuntario de los cierres de joyería cuando se someten a una tensión para la que no fueron diseñados, había pasado desapercibida en la oscuridad del rincón norte y en la concentración del momento. Y la gota que había caído en el ojo del Gran Duque cuando Blanca se alejaba era tan pequeña y estaba en un ángulo tan específico que nadie habría podido verla desde ningún punto de esa sala salvo uno: el ángulo exacto en que Arcelia había cambiado la posición de su cabeza respecto a la luz natural del jueves por la mañana, con el busto al nivel de sus ojos en lugar de por encima de ellos, en ese espacio de atención que sus compañeros consideraban excesivo y que ella consideraba indispensable.

El collar lo había tomado porque necesitaba que pareciera un robo, y porque un collar de cuatrocientos mil euros era exactamente el tipo de distracción que funciona, que había funcionado durante casi dos semanas, que habría seguido funcionando probablemente hasta el final si nadie hubiera mirado al Gran Duque desde el ángulo correcto.

Arcelia leyó lo que había escrito. Luego lo leyó de nuevo, esta vez buscando las grietas con la misma atención con que un abogado defensor lo leería en el momento en que le llegara. Las grietas existían y eran reales: no tenía el arma, no tenía la cadena de posesión completa del collar desde la noche del crimen hasta el momento en que se encontrara, no tenía ningún testigo directo del momento en que Blanca había actuado, y no tenía una confesión que nadie, conociendo a Blanca Guzmán de la Cruz, esperaba que llegara de manera voluntaria.

Lo que tenía era el ADN en el ojo de una estatua de mármol de cuatro siglos, la reconstrucción lógica de un móvil que el testamento modificado confirmaba, el testimonio del padre Celestino sobre la llamada telefónica y el instante de alivio, y la estructura de una narrativa que, presentada con el orden correcto ante el juez correcto, podía sostenerse lo suficiente para que el proceso siguiera su camino.

Era suficiente para empezar. No era suficiente para terminar. Pero el trabajo de terminar no era solo suyo.

Arcelia cerró la libreta. Recogió las tres tazas de café, las llevó al fregadero, y preparó una cuarta con la calma de quien ha terminado la parte del trabajo que dependía solo de ella y que está dejando que el resto descanse hasta mañana porque mañana va a necesitar estar descansada para enfrentarlo.

El lunes empezaba la parte más difícil. Pero esa noche, al menos, sabía exactamente en qué dirección estaba mirando, y eso era más de lo que había sabido el domingo anterior cuando Andrés Quilez había abierto aquella puerta y el mundo de la investigación se había puesto en movimiento.

CAPÍTULO 13

La deuda con Rodrigo

Dependencias policiales y casa familiar. Lunes

Antes de que el nombre de Blanca Guzmán de la Cruz apareciera en ningún documento oficial de la investigación, antes de que Monreal pudiera presentar el resultado del ADN ante Bermúdez y antes de que el caso girara formalmente en la dirección que Arcelia sabía desde el domingo que tenía que girar, había algo que necesitaba hacerse con el mismo cuidado meticoloso con que se deshace un nudo complicado en el que alguien ha estado tirando durante demasiado tiempo en la dirección equivocada: desmontar el expediente que se había construido alrededor de Rodrigo Guzmán durante los últimos diez días, pieza por pieza, con la misma precisión y el mismo rigor documental con que había sido construido, para que cuando llegara el momento de señalar a otra persona no hubiera ningún cabo suelto que un abogado competente pudiera usar para argumentar que la investigación había sido conducida de manera arbitraria, sesgada o simplemente descuidada.

Arcelia llegó a la comandancia el lunes por la mañana con una hora de adelanto sobre su horario habitual, cuando los pasillos todavía tenían esa quietud de los espacios institucionales antes de que el día los llene de movimiento y de conversaciones y de la urgencia acumulada de los asuntos pendientes. Se instaló en su despacho con el expediente completo de Rodrigo Guzmán sobre la mesa, una taza de café que esta vez sí bebió mientras era todavía caliente, y la determinación tranquila de quien tiene trabajo que hacer y ha decidido hacerlo bien antes que rápido, porque la rapidez en este punto específico de la investigación era exactamente el tipo de error que podía costar caro más adelante.

El primer punto a desmontar era el movimiento bancario que Monreal había señalado como sospechoso en la segunda semana de la investigación: una transferencia de quince mil euros que Rodrigo había realizado cuatro semanas antes del crimen a una cuenta cuya titularidad no era inmediatamente rastreable en los registros ordinarios y que por tanto había adquirido, en ausencia de una explicación mejor, esa cualidad nebulosa de los datos financieros sin contexto que pueden ser perfectamente inocentes o perfectamente condenatorios dependiendo de lo que uno decida que significan antes de investigarlos del todo.

Arcelia había pedido la información bancaria completa el viernes anterior, con la intuición de que si ese movimiento tenía una explicación inocente era mejor encontrarla antes de necesitarla que después de haberla necesitado sin tenerla. La encontró esa mañana, en la tercera página del extracto que el banco había enviado a la comandancia con la diligencia que los bancos muestran ante los requerimientos judiciales y que no muestran en ningún otro contexto: la cuenta receptora de los quince mil euros pertenecía a Javier Menéndez, el mismo amigo de Rodrigo que había confirmado la llamada telefónica de la noche del sábado, y cuya situación económica en los meses anteriores había sido, según los registros disponibles, considerablemente más complicada de lo que su tono tranquilo durante la entrevista con el agente

Ferrera había sugerido. La transferencia era el préstamo personal del que los dos hombres habían hablado durante la llamada de esa noche, el asunto privado que Rodrigo no había querido detallar en los interrogatorios porque consideraba, con una lógica que era perfectamente comprensible aunque le hubiera costado diez días de sospecha innecesaria, que era una cuestión entre él y su amigo que no tenía por qué ventilarse ante la Guardia Civil en el contexto de una investigación de homicidio.

Arcelia lo anotó en el expediente con la claridad y la precisión que el documento merecía, con las referencias bancarias correspondientes y la nota de que la explicación había sido corroborada de manera independiente por el destinatario de la transferencia, y pasó al siguiente punto.

La llamada sin contestar entre Rodrigo y su tía la semana anterior al crimen había sido el segundo indicio que el expediente original había recogido con una interpretación que era plausible pero que no estaba suficientemente documentada: la idea de que una llamada de doña Cayetana que Rodrigo no había contestado era evidencia de una tensión deliberada entre los dos en los días previos al crimen. Arcelia había solicitado los registros telefónicos completos de ambos, y al revisarlos con la atención que merecían encontró lo que esperaba encontrar: al día siguiente de la llamada sin contestar, el miércoles, Rodrigo había devuelto la llamada y los dos habían hablado durante nueve minutos y cuarenta y tres segundos, según el registro exacto del operador, que era una conversación de duración suficiente para que hubiera tenido un contenido real y no fuera simplemente una llamada de cortesía de los que no tienen nada que decirse pero se sienten obligados a devolver las llamadas.

El contenido de esa conversación era desconocido y probablemente continuaría siéndolo, pero la existencia de la devolución de llamada desmontaba con eficacia la narrativa de la llamada sin contestar como indicio de evitación deliberada, que era la interpretación que el expediente original había sugerido sin la documentación suficiente para sostenerla ante cualquier revisión crítica mínimamente rigurosa.

Los dieciséis minutos sin coartada eran el punto más delicado del expediente, el que había generado más atención durante los días anteriores y el que requería el tratamiento más cuidadoso, precisamente porque era el indicio más sólido en apariencia y el que más fácilmente podía resistir el tipo de revisión superficial que a veces sustituye al análisis en las investigaciones que tienen prisa por llegar a una conclusión.

Arcelia los revisó con una atención particular y una lentitud deliberada, buscando no lo que los dieciséis minutos sin coartada demostraban, que era relativamente claro, sino lo que no demostraban, que era la distinción que a veces marca la diferencia entre una investigación que busca la verdad y una investigación que busca confirmar lo que ya cree.

Lo que los dieciséis minutos sin coartada demostraban era que Rodrigo Guzmán no podía probar con testigos independientes dónde había estado

entre las once y las once dieciséis de la noche del sábado, intervalo durante el cual afirmaba haber estado en el pasillo este del castillo esperando a que mejorara la señal de su teléfono antes de hacer la llamada a Madrid. Lo que no demostraban, y esto era lo que el expediente original había pasado por alto con una ligereza que Arcelia encontraba inexcusable en retrospectiva, era que ese intervalo coincidiera con el momento en que el crimen se había cometido, porque el forense Barroso había establecido con suficiente precisión que la muerte de doña Cayetana había ocurrido entre las once cuarenta y cinco y la una de la madrugada, lo cual situaba el momento del crimen como mínimo veintinueve minutos después de que los dieciséis minutos sin coartada de Rodrigo hubieran terminado con el inicio de su llamada a Madrid.

En términos simples y documentables: Rodrigo Guzmán no podía probar dónde había estado entre las once y las once dieciséis, pero el crimen no se había cometido en ese intervalo. Y durante el intervalo en que el crimen sí se había cometido, la llamada con Madrid le proporcionaba una coartada que Javier Menéndez había confirmado con independencia y cuya veracidad había sido corroborada por el registro del operador telefónico.

Arcelia escribió todo eso con la misma claridad que había puesto en los dos puntos anteriores, con las referencias al informe forense y a los registros telefónicos correspondientes, y lo leyó tres veces antes de estar satisfecha con la forma en que lo había expresado, porque las tres lecturas son el mínimo que una argumentación importante merece antes de considerarla terminada.

Cuando acabó con el expediente, cuatro horas después de haber comenzado, lo que quedaba sobre la mesa no era la exoneración formal de Rodrigo Guzmán, que era una competencia del juez y no suya, sino el desmantelamiento sistemático y documentado de cada uno de los indicios que habían apuntado hacia él durante diez días, reemplazado en cada caso por la explicación alternativa correspondiente con su documentación de respaldo. Era un trabajo de una meticulosidad que sus colegas probablemente habrían considerado excesiva en las circunstancias, pero que Arcelia consideraba completamente indispensable, porque la persona que iba a reemplazar a Rodrigo como sospechosa principal era alguien a quien nadie en la investigación había considerado como tal durante toda la investigación, y cuya acusación iba a ser recibida con una resistencia y una incredulidad considerables por parte de todas las personas que la conocían y que durante diez días la habían visto gestionar el dolor con una eficiencia que parecía completamente real.

Que lo era. Que el dolor de Blanca Guzmán de la Cruz era completamente real. Que eso era precisamente lo que hacía todo más complicado.

Monreal leyó el trabajo de Arcelia esa tarde con esa atención suya que no se apresuraba y que no interrumpía y que no hacía comentarios mientras leía porque consideraba que los comentarios durante la lectura eran una forma de no leer del todo. Cuando terminó, cerró la carpeta y la miró con esa expresión que en él era lo más cercano a la aprobación explícita.

—Está bien hecho —dijo.

—Tenía que estarlo —dijo Arcelia.

—¿Cuándo le comunicamos a Rodrigo que la investigación se reorienta?

—Antes de que se entere por otro canal. Hoy si es posible, teniente.

Rodrigo Guzmán Peralta los recibió esa tarde en su habitación del hotel Rector de Salamanca, donde seguía alojado porque Monreal le había pedido que permaneciera disponible y Rodrigo, a diferencia de lo que su carácter podría haber sugerido, había cumplido esa petición sin mayor resistencia que la que expresaba en cada conversación que tenían con él. Abrió la puerta con esa expresión de quien lleva demasiados días esperando noticias que no llegan y que ya no sabe con certeza si prefiere que lleguen o que sigan sin llegar, porque las noticias en este tipo de circunstancias tienen la costumbre perturbadora de no ser las que uno esperaba en ninguno de los sentidos posibles.

Monreal fue directo, como era su costumbre en los momentos en que la directitud era más respetuosa que los rodeos.

—Señor Guzmán, la investigación ha producido nueva evidencia que reorienta la línea principal de sospecha hacia otra persona. Los indicios que habían apuntado hacia usted han sido revisados en detalle y ninguno de ellos resulta concluyente en el contexto de la información disponible ahora. Usted no es el objetivo principal de esta investigación.

Rodrigo los miró durante un momento que fue suficientemente largo para que Arcelia pudiera ver que lo que estaba procesando no era sencillo ni rápido. Luego miró a Arcelia específicamente, con esa mirada de evaluación directa que tenía desde el primer día, solo que esta vez lo que evaluaba era distinto de lo que había evaluado entonces.

—¿Me están diciendo que no soy sospechoso? —dijo, con una voz que era baja y perfectamente controlada y que por eso mismo resultaba más intensa que si hubiera alzado el tono en varios grados.

—Le estamos diciendo que la investigación avanza en otra dirección —dijo Monreal, con la precisión que le era característica—. La exoneración formal corresponde al juez, pero la presión que ha estado recibiendo durante estos días va a disminuir considerablemente a partir de ahora.

Rodrigo guardó silencio durante un momento que fue más largo todavía que el anterior, y cuando habló, lo que salió no fue el alivio que Arcelia habría entendido perfectamente y que habría sabido recibir, sino algo que se parecía mucho más a la rabia fría y contenida de quien ha estado aguantando más de lo que debería haber tenido que aguantar durante más tiempo del que era razonable, y que ahora que puede soltarlo no sabe exactamente qué hacer con ello ni cómo soltarlo de una manera que no lo haga quedar mal ante las personas que tiene delante, que siguen siendo agentes de la Guardia Civil independientemente de lo que le deban.

—¿Saben cuántos días llevo siendo tratado como si hubiera matado a mi tía? —dijo, con esa voz baja que hacía que cada palabra pesara el doble de lo que habría pesado en un tono normal—. ¿Saben lo que es que sus propios abogados lo miren como si estuvieran evaluando la posibilidad de que sea culpable? ¿Lo saben?

—Lo sabemos —dijo Arcelia—. Y lo lamentamos sinceramente.

—Lo lamentan. —Rodrigo repitió las palabras con una lentitud deliberada que las convertía en algo más que una repetición—. Mi tía murió asesinada. Yo fui tratado durante diez días como el asesino. Y ustedes lo lamentan.

—Sí —dijo Arcelia, sin añadir nada más, porque había situaciones ante las que la explicación adicional era una forma de descortesía que ni la culpa ni la buena intención podían justificar.

Rodrigo la miró durante un momento con algo que ya no era evaluación sino algo más difícil de nombrar, algo que estaba entre el reconocimiento y el agotamiento, y luego se apartó de la puerta en silencio para dejarlos salir, que era la manera más digna que tenía disponible en ese momento de terminar la conversación.

En el pasillo del hotel, mientras esperaban el ascensor, Monreal guardó silencio durante un momento que Arcelia respetó sin llenarlo.

—Tenía razón —dijo Monreal al fin.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de la deuda. —El teniente miró hacia la puerta cerrada de la habitación de Rodrigo con esa expresión de sus ojos que no era exactamente pena pero que tampoco era la indiferencia profesional que uno aprende a exhibir después de suficientes años en este trabajo—. Hay cosas que no pueden devolverse aunque se quiera.

—No —dijo Arcelia—. No pueden.

El ascensor llegó. Entraron. Las puertas se cerraron.

Mañana sería la reunión en la casa familiar. Mañana, frente a todos los que habían estado en la sala del castillo esa noche de noviembre, Arcelia diría en voz alta y con toda la evidencia disponible lo que había tardado dos semanas en encontrar y que había estado ahí desde el principio, guardado en la cavidad de un ojo de mármol que había tenido la paciencia de esperar a que alguien mirara desde el ángulo correcto.

CAPÍTULO 14

La reunión

Casa familiar de los Guzmán. Martes por la tarde

El salón principal de la casa familiar de los Guzmán de la Cruz era una estancia que había sido diseñada en el siglo XVIII para recibir visitas importantes con la severidad apropiada: techos altos con molduras de yeso

que el tiempo había ido oscureciendo hasta adquirir ese tono marfil que tienen las cosas blancas cuando llevan suficientes décadas siendo blancas en un espacio cerrado, paredes cubiertas de un papel de seda de color verde oscuro que en algún momento había sido opulento y que ahora era simplemente antiguo, y una disposición de muebles que comunicaba, con la elocuencia particular de los objetos bien colocados, que en esta casa las conversaciones tenían una jerarquía y que no todas las personas que entraban en ella eran recibidas con el mismo rango de atención.

Esa tarde de martes, sin embargo, la jerarquía habitual del espacio había sido alterada por la presencia de ocho personas que se habían sentado donde habían podido o donde les habían indicado que se sentaran, con esa distribución irregular de los grupos que no han elegido estar juntos pero que tampoco pueden elegir estar separados: don Evaristo en el sillón de mayor tamaño, que era también el más cercano a la chimenea encendida, porque don Evaristo era el tipo de hombre que siempre encontraba el asiento más conveniente de cualquier espacio sin que nadie tuviera que indicárselo. Jimena Sorolla y el matrimonio Aldecoa-Fuentes en el sofá largo de la pared norte, con esa disposición de quien no tiene una razón específica para estar cerca del otro pero tampoco tiene una razón para estar lejos. El padre Celestino en una silla de respaldo recto que había elegido él mismo de entre las que había disponibles, con la misma lógica de siempre: desde ahí podía ver a todos sin que ninguno pudiera verlo a él directamente sin girarse. Rodrigo Guzmán en el extremo del sofá más alejado de todos los demás, con los brazos cruzados y esa mandíbula que llevaba semanas tensa y que ese día tenía además el peso adicional de saber que la tensión de los últimos diez días había sido, en algún sentido importante, innecesaria. Sebastián Núñez de pie junto a la puerta, como si no hubiera decidido todavía si quedarse o irse era la opción más razonable.

Y Blanca.

Blanca estaba sentada en el centro exacto del salón, en una silla que no era ni la más cómoda ni la más inconveniente, con esa postura que Arcelia ya conocía de memoria: la espalda recta, las manos sobre el regazo, los ojos mirando hacia adelante con una atención que no era distracción sino concentración de un tipo que solo se mantiene cuando uno está usando toda la energía disponible para mantener una superficie intacta sobre algo que se está moviendo por debajo.

Monreal estaba de pie junto a la chimenea, en el lugar que habitualmente ocupaba don Evaristo y que había cedido sin queja cuando el teniente se instaló ahí con la naturalidad de quien sabe que en esta situación específica la posición junto a la chimenea le corresponde a él y a nadie más. Arcelia estaba ligeramente detrás y a la izquierda de Monreal, en su posición habitual, con la libreta cerrada en las manos porque lo que iba a decir no necesitaba notas para ser dicho, llevaba dos semanas construyéndose en su cabeza y estaba tan completo y tan ordenado que las notas habrían sido una distracción más que una ayuda.

—Les agradezco que hayan venido —dijo Monreal, con la voz que usaba cuando quería que lo que decía sonara a algo que no era una petición—. Lo que la inspectora Domínguez va a compartir con ustedes esta tarde es el resultado de dos semanas de investigación que han producido evidencia suficiente para establecer lo que ocurrió en la sala del castillo la noche del sábado.

Nadie dijo nada. El silencio del salón era el tipo de silencio que se produce cuando varias personas están conteniendo simultáneamente cosas distintas y el resultado de todas esas contenciones simultáneas es una quietud que tiene más densidad de la habitual.

Arcelia dio un paso adelante.

—La noche del sábado —comenzó, con una voz que era tranquila y que no se apresuraba, porque la reconstrucción que iba a hacer necesitaba el tiempo que necesitaba y apresurarla habría sido un error del mismo tipo que apresurar una demostración matemática antes de que los pasos intermedios hayan sido establecidos con suficiente claridad—, había nueve personas en la Torre del Homenaje del Castillo de Alba de Tormes. Ocho de ellas siguen vivas. Una de ellas está en esta sala.

Nadie movió los ojos hacia ninguna persona en particular, que era precisamente la reacción que tiene la gente cuando sabe que mover los ojos hacia alguien sería una declaración de lo que está pensando y prefiere no hacer esa declaración todavía.

—Durante los primeros días de la investigación —continuó Arcelia—, la hipótesis principal apuntaba a un robo planificado. El collar de doña Cayetana había desaparecido. El guardia nocturno había sido apartado del recinto con una llamada falsa. La alarma había sido desactivada con código correcto. Todo apuntaba a alguien que había planeado robar y que había matado cuando doña Cayetana se interpuso. Era una hipótesis razonable. Era también una hipótesis equivocada.

Don Evaristo se movió levemente en su sillón. Jimena Sorolla cruzó los brazos. Rodrigo Guzmán, en el extremo del sofá, no se movió en absoluto.

—La escena del crimen era demasiado ordenada para un robo que se descontroló —dijo Arcelia—. Sin desorden, sin urgencia, sin ningún rastro del caos que produce la violencia cuando ocurre de manera improvisada. Las tres heridas eran precisas e idénticas, ejecutadas por alguien que no dudó entre la primera y la tercera, lo cual no corresponde al perfil de un ladrón que mata para escapar. El collar fue tomado, sí. Pero fue tomado para que lo buscáramos. Para que miráramos hacia afuera de la familia cuando la respuesta estaba dentro de ella.

El padre Celestino juntó las manos sobre el regazo con un gesto que no era sorpresa sino reconocimiento, el gesto de quien ya sabe lo que viene y ha decidido recibirlo con la compostura que le corresponde a su oficio y a su edad.

—El elemento que cambió la dirección de la investigación —dijo Arcelia, caminando despacio hacia el centro del salón— fue una irregularidad mínima en la superficie del ojo derecho del busto de Fernando Álvarez de Toledo. Una mancha oscura y seca, tan pequeña que en cualquier otra condición de luz habría sido invisible. El análisis forense determinó que era sangre humana. Y el perfil de ADN de esa sangre no correspondía al de doña Cayetana.

Ahora sí hubo movimiento en la sala. No dramático, no teatral, sino el tipo de movimiento involuntario que producen las informaciones que llegan a lugares que uno estaba intentando mantener protegidos: un ajuste de postura, un parpadeo ligeramente más largo de lo habitual, una exhalación apenas perceptible.

—Lo cual significaba —continuó Arcelia, sin apresurarse, sin alzar la voz, con la misma cadencia tranquila de siempre— que alguien más había resultado herido esa noche en esa sala. Alguien que había estado suficientemente cerca de esa escultura como para dejar en ella una señal que no había previsto dejar. Una señal involuntaria. El tipo de señal que uno deja cuando está haciendo algo que ha planeado con mucho cuidado y que en el último momento produce una complicación pequeña e inesperada que no tiene tiempo de gestionar.

Blanca no se había movido desde que Arcelia había comenzado a hablar. Seguía en el centro exacto del salón, con la misma postura de antes, con los mismos ojos mirando hacia adelante. Solo las manos, que Arcelia observó con la atención periférica que reservaba para los detalles que las personas no saben que están revelando, habían cambiado: ya no estaban sueltas sobre el regazo sino ligeramente apretadas la una contra la otra, con esa tensión de los nudillos que Arcelia había notado el primer domingo en el salón de recepción del castillo y que ahora reconocía por lo que era.

—El perfil de ADN de la sangre encontrada en el ojo del Gran Duque —dijo Arcelia, deteniéndose en el centro del salón y mirando directamente a Blanca por primera vez desde que había comenzado a hablar— coincide de manera perfecta y sin margen de error estadístico relevante con el perfil de ADN de Blanca Guzmán de la Cruz.

El silencio que siguió a esas palabras era diferente al silencio anterior. El silencio anterior había sido el de la contención, el esfuerzo colectivo de ocho personas que intentaban no revelar lo que pensaban mientras escuchaban. Este silencio era el que produce la verdad cuando finalmente se dice en voz alta en un espacio donde ha estado presente durante mucho tiempo sin ser nombrada: más denso, más quieto, con una textura que cada persona presente experimentaba de una manera completamente diferente.

Para Rodrigo era la confirmación de algo que había intuido sin poder articularlo, mezclada con una furia sorda que no tenía todavía un objeto preciso porque la furia verdadera tarda un poco más en encontrar su forma definitiva. Para don Evaristo era el momento en que cuarenta años de amistad con doña Cayetana adquirían de pronto una capa adicional de tristeza que no

había anticipado que fuera posible añadir a la tristeza que ya tenía. Para el padre Celestino era el momento en que el peso que había llevado desde el domingo anterior encontraba por fin el lugar donde depositarse, sin que eso lo hiciera más ligero sino simplemente más real. Para Jimena Sorolla y el matrimonio Aldecoa-Fuentes era el momento en que una historia que había estado ocurriendo en el mismo espacio que ellos pero que no les concernía directamente adquiriría de pronto una concreción que resultaba más perturbadora que la abstracción anterior. Para Sebastián Núñez, de pie junto a la puerta, era el momento en que entendió por qué había estado nervioso desde el domingo anterior sin saber exactamente de qué tenía que estar nervioso.

Y para Blanca Guzmán de la Cruz era el momento en que veinte años de método, de control, de aprender a no mostrar lo que uno siente en los momentos en que más se necesita no mostrarlo, encontraban su límite natural. No en un gesto dramático. No en palabras. Sino en esa quietud específica que tiene la persona que ha llegado al final de algo y que sabe que ya no hay nada más que gestionar, porque lo que viene a continuación ya no depende de ella sino de otros, y lo único que le queda es la dignidad de no añadir nada que no sea necesario.

—Blanca Guzmán de la Cruz —dijo Monreal, dando un paso adelante—, queda detenida en calidad de principal sospechosa del homicidio de doña Cayetana Guzmán de la Cruz, en la noche del sábado al domingo en el Castillo de Alba de Tormes. Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a un abogado. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

Blanca lo escuchó. Asintió con una pequeña inclinación de cabeza que era la respuesta más mínima posible a lo que acababa de escuchar, y se puso de pie con la misma compostura de siempre, con la espalda recta y las manos que ya no estaban apretadas la una contra la otra sino sueltas a los lados del cuerpo, con esa quietud de quien ha dejado de necesitar mantener nada en su lugar porque ya no hay nada que mantener.

Salió del salón entre Monreal y el agente Ferrera sin mirar a ninguna de las personas que había dejado sentadas, sin decir nada a nadie, con el paso tranquilo y regular de quien camina hacia algo que sabe que no puede evitar y que ha decidido que lo más digno es no intentar evitarlo.

En el salón, el silencio que quedó después de que saliera era de nuevo diferente a todos los silencios anteriores de esa tarde. Era el silencio de las cosas que han terminado, que es siempre más vacío y más grande de lo que uno espera.

Arcelia lo dejó estar durante un momento antes de decir algo.

—Gracias a todos por su colaboración durante estas dos semanas —dijo, con una voz que era correcta y que no añadía nada que no fuera necesario, porque había situaciones en que lo correcto era exactamente lo que la situación pedía y nada más.

Luego salió también.

CAPÍTULO 15

La caída del silencio

Casa familiar y exterior. Martes por la noche

La detención de Blanca Guzmán de la Cruz no produjo escándalo. Ocurrió con una discreción que resultaba coherente, aunque nadie lo hubiera planeado así de manera consciente, con la historia de la propia familia a la que pertenecía: los Guzmán no hacían escenas, no permitían que sus asuntos internos se ventilaran más de lo estrictamente necesario, y Blanca, que llevaba toda su vida aprendiendo a ser una Guzmán en el sentido más completo y más exigente de esa palabra, no iba a abandonar ese aprendizaje precisamente en el momento en que más le costaba mantenerlo.

Salió de la casa familiar entre Monreal y el agente Ferrera con el paso tranquilo y regular que había mantenido desde que se levantó de la silla en el salón, sin mirar hacia atrás, sin dirigir ninguna palabra a ninguna de las personas que había dejado sentadas en ese salón donde llevaba veinte años siendo la presencia eficiente e invisible que hacía que todo funcionara. No fue un gesto de desprecio ni de indiferencia hacia nadie en particular. Fue, en el único lenguaje que Blanca había hablado siempre con verdadera fluidez, la manera más digna disponible de salir de un lugar que había considerado suyo durante dos décadas y que a partir de ese momento iba a dejar de serlo de todas las maneras posibles.

El coche de la Guardia Civil esperaba en el exterior de la finca, en el camino de grava que atravesaba los jardines hacia la entrada principal. Blanca se subió sin ayuda, con esa misma compostura que no había abandonado en ningún momento desde que Arcelia había pronunciado su nombre en voz alta frente a todos los presentes. La puerta se cerró con ese sonido seco y definitivo que tienen las puertas de los coches oficiales. El motor arrancó. El vehículo recorrió el camino de grava con la lentitud apropiada para el peso de lo que transportaba, y desapareció por la entrada principal de la finca mientras las piedrecillas del camino crujían bajo las ruedas con esa indiferencia de los sonidos pequeños ante las cosas grandes.

La noche de noviembre en Alba de Tormes volvió a ser la noche de noviembre en Alba de Tormes: su frío particular de meseta, su silencio que no era absoluto pero que lo parecía después de la tensión acumulada de la tarde, su cielo que a esa hora tenía demasiadas estrellas para ser completamente reconfortante para quien estuviera mirándolo con demasiadas cosas en la cabeza.

Arcelia se quedó en el exterior de la casa durante un momento después de que el coche desapareciera, mirando el camino de grava con esa atención que ponía en los espacios incluso cuando ya no había nada específico que buscar en ellos. Luego entró de nuevo.

En el salón, las personas que habían estado presentes en la reunión estaban empezando a irse con la lentitud de quien no sabe exactamente cómo terminar una tarde como esa, porque no hay un protocolo establecido para el momento en que se descubre quién ha cometido un crimen en el espacio compartido de un grupo que hasta dos semanas antes se consideraba a sí mismo, si no exactamente unido, al menos vinculado por el tipo de lazos que se construyen a lo largo de años de coincidir en las mismas veladas y los mismos funerales y las mismas celebraciones que constituyen la vida social de un círculo de estas características. Jimena Sorolla salió la primera, con la carpeta bajo el brazo como siempre. El matrimonio Aldecoa-Fuentes salió detrás, con esa expresión de las personas que han presenciado algo que no esperaban presenciar y que todavía no han decidido cómo van a procesarlo. Sebastián Núñez salió sin decir nada a nadie, con esa prisa de quien necesita salir de un espacio antes de que el espacio le exija algo que no sabe cómo dar.

Rodrigo se acercó a Arcelia antes de irse, con esa mandíbula que seguía tensa pero que ahora tenía debajo algo diferente a lo que había tenido durante diez días, algo que todavía no era paz pero que tampoco era ya la furia ciega de quien se siente injustamente acusado.

—¿Blanca? —dijo, con una sola palabra que contenía todo lo que no iba a decir.

—Blanca —dijo Arcelia.

Rodrigo la miró durante un momento, como si estuviera intentando reconstruir algo que creía conocer y que resultaba haber tenido una forma completamente diferente a la que él había visto desde el lugar donde lo había estado mirando.

—Nunca lo habría imaginado —dijo.

—Nadie lo imaginó —dijo Arcelia—. Eso formaba parte del plan.

Rodrigo asintió despacio, con esa inclinación de cabeza que no es acuerdo sino aceptación de algo que no puede cambiarse aunque uno quisiera cambiarlo, y salió sin añadir nada más, que era la mejor decisión disponible en ese momento.

Don Evaristo fue el penúltimo. Se acercó a Arcelia con esa expresión que Arcelia no había visto en él hasta ese momento: no la tristeza controlada de las semanas anteriores sino algo más desnudo que eso, algo que se parecía al agotamiento de quien ha estado sosteniendo demasiadas cosas simultáneamente durante demasiado tiempo y que en el momento en que la tensión se afloja descubre que el esfuerzo ha sido considerablemente mayor de lo que había calculado.

—Cayetana habría encontrado la manera de resolver todo esto de otra forma —dijo, con una voz que tenía dentro de ella cuarenta años de conocer a esa mujer—. Era su defecto principal: creer que siempre había una manera de resolver las cosas sin que nadie saliera herido de manera irreparable.

—La mayoría de la gente cree eso —dijo Arcelia.

—La mayoría de la gente no tiene tanto sobre lo que tomar decisiones —dijo don Evaristo, y salió.

El padre Celestino fue el último. Se detuvo junto a Arcelia en el pasillo con esa tranquilidad suya que no dependía de las circunstancias sino de algo más hondo y más antiguo que cualquier investigación, y la miró con esos ojos pequeños y claros que en ese momento tenían algo parecido a la paz específica de quien ha cumplido con lo que tenía que cumplir.

—Hizo usted un trabajo extraordinario, inspectora —dijo.

—Hice mi trabajo —dijo Arcelia.

—A veces son la misma cosa —dijo el padre Celestino—. No tan frecuentemente como debería, pero a veces sí.

Y salió también, con ese paso tranquilo y regular suyo que no se apresuraba ante nada porque había aprendido, en sesenta y cinco años de vivir y veintidós de ser párroco de esa iglesia, que la prisa raramente mejora las cosas que importan.

Cuando la casa quedó vacía salvo por el agente Ferrera que esperaba en el exterior y por Arcelia que recorría despacio las habitaciones del piso bajo, fue cuando la llamada llegó.

Era Monreal.

—El collar —dijo el teniente, con esa voz suya que no revelaba ninguna emoción particular pero que tenía debajo de ella algo que Arcelia identificó como la satisfacción específica y tranquila que produce encontrar lo que se buscaba en el lugar donde tenía que estar—. Lo encontramos en el jardín trasero. Enterrado bajo el rosal, en una bolsa impermeable de las que se usan para conservar documentos importantes. Completamente intacto.

Arcelia fue hasta la ventana del salón que daba al jardín posterior y miró hacia el rosal que nadie había podado en mucho tiempo y que en ese momento estaba iluminado por las linternas de dos agentes que trabajaban en el suelo junto a él con esa metodicidad del trabajo forense que no admite prisa aunque la noche sea fría y el jardín sea incómodo. Era un rosal que cualquiera habría elegido para enterrar algo que no quería que encontraran: de acceso fácil desde el interior de la casa a través de la puerta trasera de la cocina, suficientemente frondoso para que la tierra removida no fuera visible desde ningún ángulo ordinario, y en un jardín que Blanca administraba personalmente desde hacía años y que por tanto ningún otro miembro de la familia tenía razones para frecuentar sin su presencia.

—No lo vendió —dijo Arcelia.

—No —dijo Monreal—. No lo vendió, no lo destruyó, no lo sacó de la propiedad. Lo enterró aquí como si todavía fuera suyo. Como si la casa todavía fuera suya y el collar todavía le perteneciera de alguna manera que ella podía entender aunque nadie más pudiera entenderla.

Arcelia no respondió de inmediato. Miraba el rosál desde la ventana del salón y pensaba en una mujer que había llevado veinte años construyendo una pertenencia que nadie le había puesto por escrito, y que incluso después de todo lo que había hecho esa noche de noviembre había sido incapaz de separarse completamente de lo que había tomado, como si una parte de ella todavía creyera, con esa lógica que solo tiene sentido desde adentro de quien la sostiene, que la casa y todo lo que contenía le pertenecía de una manera que ningún testamento podía cancelar del todo.

—El informe completo mañana —dijo Monreal.

—Sí —dijo Arcelia—. Mañana.

Colgó. Se quedó mirando el jardín durante un momento más, con los agentes trabajando bajo la luz de las linternas y el rosál que seguía siendo un rosál independientemente de lo que hubiera debajo de él, y luego recogió su chaqueta y salió de la casa.

Condujo hasta el castillo de Alba de Tormes en silencio, sin música, con las ventanas cerradas y el calefactor a medio encender, porque el frío de noviembre a esa hora de la noche en la meseta castellana era el frío que no pide permiso. Llegó al aparcamiento exterior cuando el reloj del coche marcaba las once y cuarenta y siete de la noche, que era aproximadamente la misma hora a la que, dos semanas antes, todo lo que había investigado durante catorce días había comenzado en esa sala de la que ahora la separaban doscientos metros de camino de gravilla y una puerta sellada.

Aparcó. Apagó el motor. Se quedó mirando la Torre del Homenaje a través del parabrisas durante un momento que fue suficientemente largo para que el calor del coche empezara a disiparse y el frío de noviembre a instalarse con su paciencia habitual.

La torre tenía esa presencia particular que tienen los edificios históricos de noche cuando están solos y sin iluminación artificial: más alta de lo que parece de día, más quieta, más absolutamente indiferente a todo lo que ocurría a su alrededor, con esa indiferencia de las cosas que han durado más que cualquier problema humano que hayan presenciado y que han aprendido, si los edificios aprenden, que los problemas humanos siempre terminan y la piedra siempre permanece.

Arcelia bajó del coche.

Caminó hasta la puerta principal de la torre, que seguía sellada con el cordón de la investigación, y se quedó de pie frente a ella sin intentar abrirla, porque lo que necesitaba no estaba dentro sino en esa distancia entre ella y el edificio que le permitía verlo en su conjunto, como un todo, antes de que el trabajo de los días siguientes lo convirtiera de nuevo en el escenario de una investigación y lo llenara de los documentos y los procedimientos y los formularios que son la forma que tiene la justicia de procesar las cosas que no tienen forma.

Cinco siglos de piedra. Cinco siglos de lo que los hombres consideraban importante guardar y de lo que consideraban importante olvidar. Y en algún punto dentro de esa torre, en la sala que pronto volvería a abrir al público con una capa adicional de historia que los visitantes no conocerían pero que estaría ahí de todas formas, adherida a la piedra con la misma terquedad con que la gota había estado adherida al ojo del Gran Duque hasta que alguien llegó con el ángulo correcto y supo lo que estaba buscando.

El ojo ya no tenía la gota. Los técnicos la habían recogido, la habían analizado, habían extraído de ella todo lo que necesitaban, y en el proceso habían devuelto al mármol la superficie limpia que había tenido durante cuatro siglos antes de aquella noche de noviembre. Pero la historia de lo que había ocurrido estaba ahora en un expediente que Arcelia iba a preparar con el cuidado que merecía, y ese expediente iba a contar, con la precisión y la documentación que el trabajo de dos semanas había producido, exactamente lo que había ocurrido en esa sala y por qué y quién lo había hecho y cómo una gota de sangre en el ojo de un duque muerto hacía cuatro siglos había sido suficiente para encontrarlo.

Volvió al coche. Encendió el motor. Miró por el retrovisor la Torre del Homenaje una vez más, con sus muros que absorbían la oscuridad de la noche castellana sin devolverla, y pensó que había casos que enseñan algo sobre el oficio y casos que enseñan algo sobre las personas y casos que enseñan algo sobre las dos cosas al mismo tiempo, y que este había sido del tercer tipo, que es siempre el más difícil y el más necesario y el que uno recuerda más tiempo.

Salió del aparcamiento.

La carretera hacia Salamanca a esa hora estaba completamente vacía, con esa soledad de las carreteras de la meseta cuando el tráfico ha desaparecido y lo único que queda son los faros del propio coche iluminando el asfalto y los campos oscuros a los lados y el cielo que en estas alturas y con esta oscuridad tiene más estrellas de las que es posible contar.

El caso había terminado.

El trabajo, todavía no.

EPÍLOGO

Cuando lloran las estatuas

Tiempo después, la Torre del Homenaje del Castillo de Alba de Tormes volvió a abrir sus puertas al público con la discreción que caracterizaba a los lugares que han sido escenario de algo que preferirían no haber presenciado pero que no pueden fingir que no ha ocurrido. El comunicado oficial de la dirección del castillo fue breve y cuidadoso: mencionaba la conclusión de una investigación judicial, agradecía la colaboración de los visitantes durante el período de cierre, y anunciaba la reapertura con los horarios habituales a partir del primer lunes de diciembre. No mencionaba a nadie por nombre. No describía

lo que había ocurrido. Era el tipo de comunicado que dice todo lo que tiene que decir y nada de lo que no tiene por qué decir, que es una habilidad que las instituciones que llevan suficiente tiempo existiendo aprenden a dominar mejor que las personas.

El busto de Fernando Álvarez de Toledo había sido devuelto a su pedestal de madera oscura en el centro de la sala principal, después de que el laboratorio forense certificara que podía ser restituido a su lugar sin comprometer ningún aspecto pendiente del proceso judicial. Lo habían limpiado antes de devolverlo, con los productos y los procedimientos apropiados para el mármol de Carrara de cuatro siglos, y la superficie del ojo derecho había quedado exactamente como había estado durante cuatro siglos antes de aquella noche de noviembre: lisa, limpia, con esa profundidad trabajada que el escultor había dado a los ojos del Gran Duque para que parecieran capaces de ver aunque fueran de piedra.

Los visitantes que recorrían la sala esa primera semana de reapertura no sabían nada de lo que había ocurrido ahí, o sabían lo que los periódicos habían publicado, que era una versión de los hechos suficientemente precisa en los datos y suficientemente vaga en los detalles como para informar sin revelar nada que la familia o el proceso judicial no hubieran querido revelar. Los había que se detenían frente al busto con esa atención de quien mira el arte antiguo sabiendo que el arte antiguo tiene más capas de las que la mirada superficial puede ver. Los había que pasaban de largo con la prisa de quien tiene muchas cosas que ver en poco tiempo. Los había que sacaban el teléfono y fotografiaban el rostro severo del Gran Duque con esa fe de los tiempos modernos en que las imágenes conservan lo que la memoria no puede retener.

Ninguno de ellos miraba el ojo derecho del Gran Duque desde el ángulo correcto.

Ninguno de ellos tenía razones para hacerlo.

Arcelia regresó un martes de enero, tres semanas después de la reapertura, sin anuncio previo y sin acompañantes. Llegó cuando el castillo acababa de abrir, antes de que los primeros grupos de visitantes hubieran comenzado a llegar, y recorrió la sala principal con esa quietud de quien vuelve a un lugar que conoce bien y que sabe que lo que busca no es información sino confirmación de algo que ya no necesita pruebas para existir.

Se detuvo frente al busto.

Fernando Álvarez de Toledo la miró desde su altura habitual con la misma severidad de siempre, con los pómulos altos y la mandíbula firme y los ojos que seguían al espectador con esa ilusión óptica que los buenos escultores dominan y que cuatro siglos no habían podido deteriorar. Era la misma expresión que había tenido la primera mañana en que Arcelia había entrado a esa sala junto al equipo de Monreal, y la misma que había tenido en todos los momentos de la investigación en que sus caminos se habían cruzado, y la misma que tendría mañana y el año que viene y dentro de cincuenta años,

cuando todos los que habían protagonizado esas dos semanas de noviembre hubieran desaparecido y el Gran Duque siguiera ahí, indiferente y permanente, siendo mirado por personas que tampoco sabrían lo que habían mirado.

Arcelia miró el ojo derecho.

La superficie era lisa y limpia, exactamente como había sido antes de aquella noche y exactamente como sería de ahora en adelante. No había nada ahí que ver ya, ninguna irregularidad, ninguna mancha oscura que el ángulo correcto de la luz pudiera revelar. El laboratorio forense había hecho su trabajo con precisión, igual que ella había hecho el suyo.

Y sin embargo la gota había estado ahí.

Eso era lo que Arcelia había venido a confirmar, no con los ojos sino con esa parte de la memoria que guarda las cosas no como imágenes sino como certezas: que la gota había estado ahí, que ella la había encontrado, que había sido suficiente para cambiar la dirección de una investigación que sin ella habría llegado a una conclusión equivocada, y que esa conclusión equivocada habría dejado sin respuesta la pregunta más importante que cualquier investigación de estas características debe responder: qué ocurrió exactamente y por qué y quién lo hizo.

El pasado nunca desaparece, había pensado en algún momento de las últimas semanas, aunque no habría sabido decir exactamente cuándo ni en qué contexto. Solo espera el momento de manifestarse. Y a veces, cuando nadie lo espera, cuando todos los que tendrían que haberlo visto han pasado de largo con la prisa de quien tiene muchas cosas que ver en poco tiempo, se manifiesta en la forma más pequeña posible: una gota de sangre en la superficie de un ojo de mármol, tan pequeña que requería el ángulo exacto de la luz y la atención de alguien que buscaba lo que no estaba donde debería para poder verla.

Era suficiente. Siempre había sido suficiente.

Arcelia se quedó frente al busto durante un momento más, sin hacer nada en particular, sin sacar la libreta ni tomar ninguna nota ni pensar en nada que tuviera que ver con el expediente o el proceso judicial o los pasos que quedaban por completar antes de que el caso estuviera formalmente cerrado. Solo mirando al Gran Duque con la misma atención con que él la miraba a ella, o parecía mirarla, que es la ilusión que produce el buen trabajo del escultor y que Arcelia encontraba, esa mañana de enero en la sala vacía de la torre, algo parecido a apropiado.

Luego se giró y caminó hacia la puerta.

En el umbral se detuvo un momento, con la mano en el marco de piedra, y miró hacia atrás una última vez. La sala estaba exactamente como había estado cinco siglos antes de que ella naciera y exactamente como estaría cinco siglos después de que ella muriera: las losas de piedra en el suelo, las

ventanas que dejaban entrar la luz oblicua del invierno castellano, el busto del Gran Duque presidiendo el centro con su severidad inalterable.

Todo en su lugar.

Todo exactamente como debería estar.

Arcelia salió a la mañana de enero, que era fría y clara con esa claridad de los días de invierno en Castilla cuando el cielo no tiene nubes y la luz no tiene calor pero tiene una precisión que hace que las cosas se vean con una nitidez que otros climas no producen. Caminó hasta su coche, se subió, encendió el motor, y miró por el retrovisor el castillo de Alba de Tormes una vez más antes de salir del aparcamiento.

La torre seguía en pie.

Como siempre.

Como estaría siempre.

Y en algún punto dentro de esa torre, en la sala que los visitantes recorrían esa mañana con sus teléfonos y sus guías y sus preguntas sobre quién había sido el Gran Duque y qué había hecho y por qué merecía ser recordado en mármol de Carrara durante cuatro siglos, el busto seguía mirando con esa fijeza inalterable de quien ha visto demasiadas cosas para sorprenderse ante ninguna en particular y que ha aprendido, si los bustos de mármol aprenden, que las personas siempre terminan revelando lo que son si uno tiene la paciencia suficiente para esperar el momento en que bajan la guardia.

A veces esa paciencia se mide en minutos.

A veces se mide en siglos.

Y a veces, cuando todo coincide de la manera correcta, es suficiente con una gota.

—FIN